

Sacerdotes inventores—El Sr. Pbro. D. Francisco García Muñoz, profesor de Geología y Agricultura en el Seminario de la Corte de España, ha inventado un aparato llamado Telhedroscopio y que sirve para señalar la intensidad de las corrientes subterráneas, y determina la latitud, profundidad y dirección de ellas. La investigación es practicable aun á centenares de metros de profundidad. El R. P. jesuita inventor del sismófono que anuncia los terremotos, ha inventado el grisófono que indica la explosión del gas grisú.

Medalla del Pontificado—El Emmo. Cardenal Merry del Val ha presentado al Padre Santo la medalla anual del Pontificado y que en el actual representa la reforma de la Curia Romana.

Los americanos del Norte en el Vaticano—El domingo 13 de Junio recibió el Sumo Pontífice en la Sala del Consistorio á muchos americanos del Norte que tomaron parte en la celebración del quincuagésimo aniversario de la fundación del Seminario de los Estados Unidos. Hallábanse presentes Mons. Falconio, Delegado Apostólico en Washington; Mons. Farley, Arzobispo de Nueva York; Mons. O'Connel, Arzobispo de Boston, y Mons. Blenk, Arzobispo de Nueva Orleans.

Dos Obispos Canónigos—El miércoles 16 de Junio suplicó el Illmo. Sr. Obispo de Fréjus á Monseñor Fabre, Obispo de Marsella, tuviera á bien aceptar el nombramiento de Canónigo honorario de la Catedral de Fréjus. A su vez Monseñor Fabre nombró al Illmo. Señor Obispo de Fréjus, Canónigo honorario de la Catedral de Marsella.

Sobre Petrarca—Monseñor Vatasso ha publicado un trabajo muy erudito sobre todos los manuscritos de Petrarca que se hallan en el Vaticano.

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Año IV—Vol. IV { Septiembre 1.º de 1909 } N.º 18-19

CIRCULAR

Arquidiócesis de Bogotá—Gobierno Eclesiástico.

Bogotá, 28 de Agosto de 1909

Señor Cura de.....

Desde la región serena en que nos hallamos colocados por nuestra sagrada vocación, seguimos con el más vivo interés todo cuanto se refiere á la paz de la República, al bienestar de nuestros compatriotas, al adelantamiento moral y aun material de ellos. Por eso lo que tales bienes engendra, inflama nuestro corazón de verdadera alegría; bendecimos á Dios por los beneficios que Él otorga á nuestros hermanos, y le rogamos al mismo tiempo que se remedien los males, si los hay; y que dé á todos los hijos de la misma patria un común sentir para el afianzamiento del orden; un esfuerzo unánime para promover todo lo bueno, todo lo moralmente hermoso y grande entre nosotros.

Pero, en cambio, es grande la congoja que se adueña de nuestra alma cuando palpamos que el mal predomina; que el desorden se multiplica; y que quienes por su educación, por sus aptitudes, por su posición estarían llamados á promover el bien, usan de sus talentos, emplean sus recursos, consumen su actividad en propagar el mal, fomentar discordias, enardecer las pasiones y alejar así las esperanzas que todos tenemos de ver lucir épocas tranquilas, y por lo mismo felices para todos los que hemos

venido padeciendo por la discordia entre hermanos, por los errores en las pasiones y por prácticas funestas en nuestra vida pública y política, cuyo fatal influjo no ha dejado de contaminar hasta la vida doméstica y privada. Es ya tiempo de que cada uno vuelva sobre sí mismo, mida la enormidad del mal y de los peligros que éste aparea; y de que se empleen en obras de reparación, de amor patrio, de celo por el bien común.

Hechas las reflexiones que anteceden y dadas á conocer las impresiones de nuestra alma, Nos queremos señalar á la consideración de cuantos están encomendados á nuestros cuidados pastorales, un mal que, á nuestro juicio, es de los más trascendentales en consecuencias así para lo presente como para lo porvenir. Hablamos del desfreno de la prensa.

No es del caso ahora examinar cómo y por qué motivos los escritores públicos de periódicos, hojas y folletos se han dejado arrastrar hasta el extremo de la pasión, y van hoy, como á ciegas, trillando el sendero de la calumnia, de la maledicencia, de recriminaciones más ó menos fundadas, so pretexto de reclamar derechos, de desandar caminos tortuosos, de volver al imperio de la justicia y de la ley. Si hay mucho que enmendar y corregir, hay que convenir también en que son muchos los que comparten la responsabilidad, por haberse apartado en la vida pública de los santos mandamientos de Dios y de la Iglesia para obedecer tan sólo á intereses humanos, á emulaciones terribles, á pasiones en manera alguna comprimidas. Cuando semejantes elementos ejercitan su imperio, entonces aquellos que se dan la misión de escribir para el público convierten su pluma en saeta envenenada que hiere, desgarrá y quita el honor, la reputación y hasta la vida misma.

Todos tendrán que reconocer que tal es la situación entre nosotros; y por eso faltaríamos á nuestro deber, si de

algún modo no levantáramos la voz para lanzar una protesta, moderada sí pero enérgica, contra los excesos de la prensa en las actuales circunstancias. Quién no comprenderá la razón que nos asiste! Cada día nos trae alguna nueva publicación en que se ataca á personalidades harto conocidas, y merecedoras, á lo menos, del amor que se debe á cualquiera de nuestros prójimos. Y esos ataques van acompañados de terribles explosiones de odio, de clamores de venganza todavía no saciada, de cargos no probados, de sarcasmos y burlas que no son ni han sido argumentos en favor de ninguna buena causa. Y si todo eso hace aparecer á las víctimas como no son, hace que los victimarios se muestren más vengativos, más enconados é implacables de lo que son en realidad, porque en el fondo tienen mejor corazón y sentimientos más caritativos de lo que su pluma acerada está manifestando.

Y fuera de los personajes que de un modo ú otro figuran en la política, ora en puestos públicos, ora fuera de ellos, ¿contra quiénes más se está ahora ensañando la prensa? Todos lo saben. Contra el clero católico individual y colectivamente. Y cuál es el motivo? El clero vive consagrado á su ministerio. Reprende los vicios, recomienda las virtudes, condena las rebeliones, inculca la paz, contiene la ira, encarece la obediencia, mantiene la autoridad paterna en el hogar doméstico, hace que la esposa infeliz se sacrifique y sufra aun más allá de lo justo, y que los hijos reverencien al padre aun cuando sea menos padre que amo temible. Y el clero se aleja de la política, se somete á vivir bajo el imperio de leyes que no le reconocen todos los derechos que tiene el ciudadano. Sólo habla, sólo interviene para encarecer el respeto á las autoridades constituidas, para enseñar que la moral es una, y que ella ha de imperar en las leyes civiles, en el manejo de la cosa pública, en el régimen de la sociedad civil, ya que Dios es fuente suprema de toda autoridad porque Él, á quien re-

presenta la Iglesia Católica, es el primordial elemento de la vida social.

A pesar de todo, el clero viene á ser el blanco de los ataques de la prensa; tan pronto como ésta se siente libre, se desencadena contra ese mismo clero; y de día en día son más acerbos los insultos que se multiplican en escritos conocidos de todos; se le hacen cargos terribles, ora paladinamente, ora en exhortaciones y consejos fundados en suposiciones falsas que hacen aparecer como verdaderas, para inculpar al sacerdote y asestarle tiros más certeros.

De semejante guerra no escapa ninguno de los miembros de la Iglesia docente: el Sacerdote secular y el Párroco son acusados de intransigencia porque condenan el vicio y la corrupción que van por desgracia ligados con obras que en otras circunstancias pueden ser inocentes. Bien se echa de ver que todo esto envuelve patente injusticia.

¿Qué diremos de los ataques al Clero Regular, tan digno de aprecio por su abnegación que no rehusa ningún sacrificio; que si vive en las ciudades y ejerce algún ministerio de brillo lo hace para llevar instrucción y moralidad á los que siendo grandes según el mundo, necesitan más que otros de que se les hable de Dios y de la eternidad, á fin de que no sean de corazón insensible para con los desheredados y humildes? Y al lado de esos ministerios ejercidos por los mismos Religiosos, está la catequización de los infieles, la enseñanza en los campos, el alivio de incontables desgracias. Y á los que así trabajan se les señala á las iras populares, se les imputa el carácter de extranjeros que muchísimos no tienen, se les acusa como causa de ruina para el obrero nacional, porque están educando algunos centenares de niños á quienes enseñan artes y oficios para que lleguen á ser ciudadanos útiles; sin que, entretanto, puedan los educandos con sus labores de

aprendices hacer verdadera competencia á gremios numerosos de trabajadores diestros, acreditados, y por lo mismo no escasos de trabajo para ganar la vida. Oh! cómo deseáramos que todos nuestros obreros por quienes hemos tenido siempre especial predilección, oyeran nuestra voz y se persuadieran de que, los que los apasionan y pervierten, no son sus verdaderos amigos; sino los que se preocupan por su educación moral, por su bienestar; los que les enseñan hasta con el ejemplo del mismo Divino Salvador que no hay desdoro en consagrarse al ejercicio de las artes, ganar la vida con el trabajo manual y aspirar á prosperar y levantarse á más alto nivel por medio de propios y personales esfuerzos. Por lo que á Nos toca, bendecimos á todos los que se sacrifican en favor de los pobres y les consagran una vida entera que acá en la tierra sólo cosecha desengaños, olvido é ingratitudes. Y sea ésta una nueva ocasión para dar testimonio al Clero Regular de los sentimientos de adhesión que le profesa el Clero secular, así como de nuestro amor no desmentido y de nuestra gratitud por los servicios que presta á Dios, á la Iglesia y á las almas.

Hemos visto con indecible dolor que en los últimos tiempos no han faltado escritores públicos que ataquen al Sumo Pontífice de Roma y á la Santa Sede Apostólica. Falseando la historia de años anteriores se ha querido hacer recaer sobre el Jefe augusto del Catolicismo, la acusación calumniosa de que por miras humanas y por contempORIZACIONES culpables han sido violadas las leyes más sagradas. Contra cargos tan falsos cuya sola mención basta para refutarlos, nos limitamos á protestar solemnemente, aseverando que nunca la Santa Sede derogó en favor de nadie lo que ella supo sostener con entereza apostólica cuando la Nación Británica, por obra de su propio monarca, se separó del seno de la Iglesia Católica.

No ha escapado á los tiros de que hemos venido tra-

tando, la persona por todos títulos respetable del Representante en Colombia de la Santa Sede Apostólica. Los escritos que han visto la luz pública no contienen cargos sino vituperios que al ser dirigidos contra cualquier otro miembro del Cuerpo Diplomático, habrían dado ocasión á reclamaciones por parte de los Gobiernos que no sólo cuentan con el poder moral, sino con algo más que impone respeto. Semejante modo de proceder con quien ha venido en nombre del Padre común de los fieles, desdice, y mucho, de la conocida hospitalidad de nuestra patria y de la nobleza del carácter colombiano. Por tanto, cumplimos con la obligación de hacer constar ante el público que, como ciudadano y como Prelado, protestamos solemnemente contra las injurias irrogadas ya más de una vez, particularmente por la prensa, contra el Excelentísimo Señor Delegado Apostólico.

Cuando las pasiones estén ya del todo apaciguadas; cuando la historia justiciera pronuncie su fallo sobre los acontecimientos de las últimas épocas, la figura y la obra del Agente del Sumo Pontífice en Colombia, aparecerá rodeada de méritos por el amor que él tuvo á nuestra Nación y por el interés con que abogó por la causa del bien, por el alivio del pobre desvalido, por el olvido de las ofensas privadas y públicas, por la clemencia en favor de cuantos padecían prisiones é infortunios. Se verá entonces con cuánto empeño aquel benemérito Prelado trabajó por la paz y la tranquilidad de nuestros conciudadanos, no interviniendo en asuntos políticos como tales, sino preocupado en precaver las guerras, y siempre solicitado por quien podía hacerlo, al modo como suelen hacerlo en todas partes los representantes diplomáticos de Naciones amigas. Y Nos mismo que hemos cultivado con el Excelentísimo Señor Delegado Apostólico íntimas, cordiales y no interrumpidas relaciones de fraternal amistad que nos honran altamente, no podemos menos de declarar en

este momento que protestamos contra los ataques á que nos hemos referido, porque son injustos y porque envuelven muy grande ingratitud de parte de quienes los están irrogando ó los apoyan y propagan. Hemos sido testigo, en muchas circunstancias, de la entereza evangélica con que en diversas ocasiones, el Excelentísimo Señor Delegado Apostólico expresó sus opiniones y se opuso energicamente á lo que según su conciencia debía oponerse, en la esfera de sus facultades y de acuerdo con los deseos del Sumo Pontífice. A nadie se puede culpar si hace con celo cuanto está á su alcance en favor del bien general, ó del prójimo en desgracia, por cualquier motivo. Lo hecho queda en silencio porque no es propio de un Prelado ir pregonando lo bueno que hace, ni comprometer de tal suerte el fin que persigue y que la caridad inspira.

Hemos cumplido un imperioso deber consignando por escrito cuanto queda expuesto en guarda de los derechos de la Iglesia, y en defensa de altísimas personalidades dignas de mayores consideraciones y respetos. Réstanos declarar como lo hacemos, que está prohibido á los católicos, leer, imprimir, conservar ó de cualquiera manera propagar escritos de cualquiera clase que sean, periódicos, folletos y hojas sueltas que ataquen las doctrinas de la Iglesia ó las personas eclesiásticas. Y los que tal hacen incurrir por lo mismo en pecado mortal.

Nuestro cargo de instruir y corregir nos impele ahora á dirigir la palabra, como padre amantísimo, á cuantos ejercitan lo que bien podemos apellidar el sacerdocio de la prensa. Cuando hay tantos motivos de discordia y mal-estar; cuando hay cuestiones de vital trascendencia para la patria y que reclaman estudio sereno, cooperación de todo hombre apto é instruido, es muy digno de improbación que se gaste el tiempo y los esfuerzos en ahondar divisiones, en atacar directa ó encubiertamente la religión de los colombianos, religión que según nuestra Constitu-

ción nacional ha de ser solemnemente respetada. Y porque amamos á la juventud; y porque queremos verla colocada en el puesto que le corresponde; por eso nos dirigimos en particular á los jóvenes escritores, que son muchos, y les rogamos no empleen el ardor juvenil, noble y generoso en combates personales por la prensa, en ataques á lo que es tan digno de respeto: á esa Religión que los vio nacer, que los santificó con el Bautismo, que será la que bendice las horas felices de su vida, y la única que les brinda apoyo para levantarse si caen, y consuelo en los infortunios de la vida, y fuerza para pasar de ésta á una vida mejor.

Queremos, asimismo, exhortar á muchos de nuestros hijos en el Señor, á que entren cuanto antes á combatir el buen combate de la fe en los campos de la prensa. Son muchos entre nosotros quienes tienen capacidades para defender las sanas doctrinas; para trabajar por la unión entre los buenos; para disipar injustas prevenciones. Aquellos que pudiendo no trabajan, no escriben, son culpables como todos los que siendo sal de la tierra y luz del mundo se hacen inútiles y ocultan la ciudad edificada sobre el monte, encienden la lumbre y la colocan bajo el celemin, no sobre el candelero para que alumbré á cuantos habitan la casa. (Matth., v. 15 y sig.)

Reputamos muy oportuno el repetir ahora, para concluir, las palabras con que el sapientísimo León XIII, de gloriosa memoria, exponía la doctrina católica sobre la libertad de imprenta: "Vengamos ya, escribía, á la *libertad de la palabra* y de expresar *por la imprenta* cuanto se quiera. Ciertamente; si esta libertad no va justamente moderada sino que traspasa los debidos términos y medida, apenas hay necesidad de decir que no puede ser objeto de un derecho. El derecho, en efecto, es una facultad moral, y, como lo hemos dicho y debe repetirse muchas veces, es absurdo pensar que la naturaleza haya dado igualmente y sin distin-

ción tal facultad á la verdad y á la mentira, al bien y al mal. Para propagar en la república con prudente libertad la verdad y el bien, de modo que lleguen al mayor número, derecho hay: las opiniones mentirosas—la peor peste del entendimiento—y los vicios que corrompen el alma y las costumbres, justo es que con gran solicitud sean reprimidos por la autoridad pública, para que no puedan cundir y hacer estrago en la sociedad. Los descarríos de un ingenio intemperante, los cuales ciertamente redundan en opresión de la ignorante muchedumbre, justo es que sean reprimidos por la autoridad de las leyes, no menos que los agravios de la violencia contra los débiles. Esta represión es tanto más necesaria cuanto que á la grandísima mayoría de los ciudadanos es imposible, ó poco menos, precaverse contra los artificios y astucias de la dialéctica, sobre todo cuando halagan las pasiones. Concedida á quienquiera libertad ilimitada de hablar y de escribir, nada quedará sagrado é inviolable; no se perdonará ni aun á aquellos grandes dictámenes de la naturaleza, tan llenos de verdad, que deben mirarse como el común y más noble patrimonio del género humano. Así las tinieblas ocultarán poco á poco la verdad, y, como con frecuencia acontece, fácilmente predominarán errores tan perniciosos como variados. Con esto gana tanto la licencia, cuanto pierde la libertad; pues la libertad será tanto mayor y estará tanto más segura cuanto mayor sea la represión del libertinaje. Mas en las cosas cuestionables que Dios ha dejado á las disputas de los hombres, lícito es á cada uno opinar como le parezca y manifestar libremente su sentir; la naturaleza no se opone á esta libertad, la cual nunca conduce á los hombres á ahogar la verdad, y sí muchas veces á averiguarla y á ponerla en claro.... De lo dicho se sigue: que á ninguno es lícito pedir, defender ú otorgar sin discernimiento libertad de pensamiento, de imprenta, como derechos naturales del hombre; que si la naturaleza los hubiera dado, derecho ha-

bría para desconocer la soberanía de Dios, y ninguna ley podría regular la libertad humana. (Encíclica *Libertas*).

Pluguiese al cielo que estas enseñanzas se tuviesen siempre en cuenta por los legisladores y por las autoridades públicas, por los doctos y por el común de las gentes, para bien y tranquilidad de nuestras sociedades. Usted, señor Cura, tome muy peculiar empeño en explicar claramente la doctrina de la Iglesia á que nos referimos, poniéndola de modo claro y sencillo al alcance de los fieles.

La presente circular será leída en todas las Iglesias y Capillas de nuestra Arquidiócesis, en uno ó más domingos ó días festivos, á la hora de misa.

Dios guarde á usted.

✠ BERNARDO

Arzobispo de Bogotá

ENCÍCLICA

DE NUESTRO BEATÍSIMO PADRE EL PAPA PIO X

Con ocasión del octavo centenario de San Anselmo de Aosta.

A TODOS LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS
Y DEMÁS ORDINARIOS QUE ESTÁN EN PAZ Y COMUNIÓN
CON LA SEDE APOSTÓLICA

Venerables Hermanos, salud y Bendición apostólica.

En medio de las amargas vicisitudes de la edad moderna y de las calamidades domésticas que oprimen de dolor nuestro ánimo, nos consuela ampliamente y fortalece la reciente conspiración de piedad de todo el pueblo cristiano, que es hoy y ha sido siempre *espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres* (1). Esta conspiración, si bien pudo ser más prontamente estimulada por las presentes

(1) *Cor.*, iv, 9.

desgracias, proviene en definitiva, como de causa única, de la caridad de Jesucristo Nuestro Señor. A la verdad, no existiendo, ni pudiendo haber virtud digna de tal nombre, sino por Cristo, á Él deben referirse los frutos que dimanar de aquella virtud, aun entre los hombres más relajados en la fe ó enemigos de la religión, en los cuales, si aparece algún vestigio de verdadera caridad, debe esto atribuirse á la civilización que Cristo ha traído á la humanidad y que ellos no han logrado todavía desterrar por completo de sí y de la sociedad cristiana.

A tal punto ha conmovido y llenado de gratitud nuestro corazón, tan piadoso concurso de todas las almas cristianas que compiten en consolar al Padre y en procurar alivio á los hermanos en las congojas comunes y privadas, que no es dado expresarlo con palabras. Más de una vez hemos manifestado estos sentimientos en particular á cada uno de vosotros; pero no queremos ahora retardar el público tributo de nuestro reconocimiento, á vosotros primeramente, Venerables Hermanos, y por vuestro conducto á todos los fieles confiados á vuestra vigilancia.

Queremos asimismo protestar públicamente nuestra gratitud por tantas y tan luminosas demostraciones de amor y de obsequio que nos dieron nuestros muy amados hijos en todo el orbe católico, con ocasión de nuestro jubileo sacerdotal. Ellas fueron gratisimas á nuestro corazón, no tanto por lo que mira á nuestra persona, cuanto á la Religión y á la Iglesia, porque fueron testimonios de fe, valerosamente profesada, como en reparación social y en obsequio público rendido á Cristo y á su Iglesia en la persona de Aquel que el Señor ha puesto á gobernar su familia.

Empero, desde este punto de vista otros frutos fueron para Nos de singular regocijo. Hablamos de las fiestas en que tantas diócesis de la América Septentrional celebraron con solemnidades religiosas el primer centenario de su

erección, dando al Señor gracias inmortales por haber llamado tantos hijos al seno de la Iglesia Católica; del estu-
pendo homenaje tributado á la Santísima Eucaristía en la
nobilísima isla de Inglaterra, por millares de almas, con el
concurso de muchos de nuestros Venerables Hermanos
y de nuestro mismo Legado; y de los espléndidos triun-
fos del Augusto Sacramento en la afligida Iglesia de Fran-
cia, principalmente en el Santuario de Lourdes, de cuyos
orígenes fueron gratísimo ver celebrado con grandiosa
solemnidad el quincuagésimo centenario. Conviene que
por estos y otros hechos vean todos, mayormente los ene-
migos de la fe católica, cómo el esplendor de las ceremo-
nias y el culto de la Augusta Madre de Dios y los mismos
homenajes tributados al Sumo Pontífice, se dirigen en úl-
timo fin á la Iglesia de Dios y á la salud de los hombres
con el triunfo del Reino de Dios en medio de ellos, para
que sea *Cristo todo y en todos*. (1)

Este triunfo de Dios sobre la tierra, que ha de verifi-
carse en los individuos y en la sociedad, consiste precisa-
mente en el retorno de los hombres á Dios por medio de
Cristo, y á Cristo por medio de su Iglesia, según lo decla-
ramos, como programa de nuestro Pontificado, en nues-
tra primera Encíclica *E supremi Apostolatus Cathedra* (2),
y lo hemos repetido muchas veces. Contemplamos llenos
de confianza este retorno y á apresurarlo dirigimos nues-
tros propósitos y deseos, como á puerto en que se calmen
las tempestades de la vida presente. Y no por otro motivo
precisamente, nos han sido gratos los homenajes rendidos
á la Iglesia en nuestra humilde persona, sino porque, con
los divinos auxilios, son indicio del retorno de las nacio-
nes á Cristo y de más intensa y pública adhesión á Pedro
y á la Iglesia.

(1) *Coloss.*, III, 11.

(2) De 4 de Octubre de 1903.

Esta intensidad de adhesión no es ciertamente de
toda edad y de toda condición de hombres en el mismo
grado y en las mismas manifestaciones exteriores; pero
puede con razón decirse que ella, por una disposición de
la Divina Providencia, se ha hecho tanto mayor, cuanto
más adversos son los tiempos que corren, ora á las sanas
doctrinas, ora á la disciplina sagrada, ora á la libertad de la
Iglesia. Y de tal unión nos dieron ejemplo en otros siglos
los Santos al enardecerse las persecuciones contra la grey
de Cristo ó al propagarse los vicios en el mundo, males á
que Dios opone, según las necesidades, la virtud y sabi-
duría de aquellos siervos suyos. Entre tales Santos uno
sobre todo queremos recordar ahora, cuyo glorioso trán-
sito alcanza este año su octavo centenario.

Nos referimos á San Anselmo, doctor de Aosta y acé-
rrimo defensor de la verdad católica y de los derechos de
la Iglesia, primero como monje y abad en Francia y luego
como Arzobispo de Cantorbery y Primado en Inglaterra.
Por lo cual no será fuera de propósito, después de las
fiestas jubilares celebradas con insólita esplendidez en ho-
nor de otros santos Doctores de la Iglesia, Gregorio Mag-
no y Juan Crisóstomo, lumbrera el uno de la Iglesia occi-
dental y el otro de la oriental, detenernos á contemplar
esta otra estrella que, si *difiere en claridad* (1) de las dos
precedentes, emulando con ellos sin embargo en sus as-
censiones, no derrama menos luz de ejemplos y doctrina.
Aun podría decirse que en cierto modo es Anselmo más
eficaz, por cuanto está más cerca de nosotros en tiempo,
lugar, índole y estudios, y más se compadecen con la épo-
ca presente ya la naturaleza de la lucha, ya la forma de
la acción pastoral por él ejercitada, ya el método de ense-
ñanza, aplicado y largamente promovido por Anselmo;
por sus discípulos y por sus escritos, compuestos todos en

(1) *1 Cor.*, xv, 41.

defensa de la religión cristiana, para provecho de las almas, y como norma de todos los teólogos que enseñaron después las Sagradas Letras con el método escolástico (1). Y así como en la oscuridad de la noche, mientras unas estrellas se ocultan, se elevan otras para iluminar el mundo; así para alumbrar la Iglesia, á los Padres suceden los hijos. Entre éstos resplandece, como astro clarísimo, San Anselmo.

Y verdaderamente, en medio de las tinieblas de errores y de vicios de la edad en que vivió San Anselmo, aparece éste ante los más ilustres contemporáneos suyos como un lumínar de santidad y de saber; pues fue *baluarte de la fe, fulgor de la Iglesia... gloria del episcopado, y hombre que superó á todos los mejores personajes de su tiempo* (2). Como varón sabio, bueno, de palabra brillante y claro de ingenio (3), ha sido tan grande su fama, que con razón se ha escrito de él, que no hubo en el mundo *quien se atreviese á decir: Anselmo es inferior ó semejante á mí* (4); por lo cual fue grato á los reyes, á los príncipes y á los Sumos Pontífices, no menos que á sus hermanos en religión y al pueblo fiel, y aun *mereció la estimación de sus mismos enemigos* (5). Cuando era Abad, escribióle el grande y fortísimo Papa Gregorio VII cartas llenas de estima y afecto, en las cuales se encomendaba á sus oraciones y las pedía también para la Iglesia (6). Urbano II le reconoció la *prerrogativa de religión y de ciencia* (7), y Pascual II le dirigió, con suma cordialidad, diversas cartas en que aplaude la *reverencia de su devoción, el vigor de su fe, la insistencia de su solicitud piadosa*, y afirma la *autoridad de su religión* y

(1) *Breviar. Rom.*, die 21 Aprilis.

(2) *Epicedion in obitum Anselmi*.

(3) *In Epitaphio*.

(4) *Epicedion in obitum Anselmi*.

(5) *Ibid.*

(6) *Breviar. Rom.*, die 21 Aprilis.

(7) *In lib. II, Epist. S. Anselmi*, ep. 32.

de su sabiduría (1), que lo persuadía á conceder las peticiones de su fraternidad, llamándole sapientísimo y religiosísimo entre todos los Obispos de Inglaterra.

Empero, Anselmo no era á sus propios ojos sino un *hombrecito* despreciable y desconocido, un hombre de muy escasa ciencia y pecador; y con todo, tanta modestia de ánimo y su humildad sincerísima no disminuían en nada la alteza de sus pensamientos, como suelen juzgarlos hombres de ideas y costumbres depravadas, de quienes dice la Santa Escritura, que *el hombre animal no comprende las cosas del espíritu de Dios* (2). Y lo que es más admirable, la magnanimidad y la constancia invicta, aunque probadas con tantas persecuciones, contradicciones, destierros, anduvieron siempre unidas en Anselmo á la mansedumbre y amabilidad, á tal punto que ocasionan las iras de los que se irritaban contra él y les ganaban su afecto. De este modo los mismos á quienes era ingrata su causa, le alababan como bueno. (3)

Por lo tanto hermanábanse admirablemente en él las prendas que el mundo estima falsamente inconciliables y contradictorias: sencillez y grandeza, humildad y magnanimidad, fuerza y suavidad, ciencia y piedad; y de aquí que así en los comienzos como en todo el curso de su vida religiosa *era estimado de todos de modo singular como modelo de santidad y doctrina*. (4)

Ni se encerró este doble mérito de Anselmo dentro de las paredes domésticas ó en el recinto de la escuela, pues que se mostró, como en militar estadio, á cielo abierto. Con efecto, nacido Anselmo en la época que hemos dicho, tuvo que pelear grandes batallas en pro de la justí-

(1) *In lib. III, Epist. S. Anselmi*, 74 et. 42.

(2) *Cor. II, 14*.

(3) *Epicedion in obitum Anselmi*.

(4) *Breviar. Rom.*, die 21 Aprilis.

cia y la verdad, y aunque de suyo inclinado á la contemplación y á los estudios, viose comprometido en las más variadas y graves ocupaciones, aun en las relativas al gobierno de la Iglesia, y fue así víctima de las más rudas vicisitudes de su agitada edad. Era de índole mansa y dulcísima, y con todo por amor á la sana doctrina y á la santidad de la Iglesia, hubo de renunciar á la vida tranquila, á la amistad de los poderosos, al favor de los grandes y á los dulces afectos, que antes gozaba, de sus mismos hermanos de religión y de episcopado, y vivir en luchas continuas, en angustias de todo género. Halló á Inglaterra llena de odios y peligros, y de aquí que tuviese que resistir vigorosamente contra reyes y príncipes usurpadores y tiranos de la Iglesia y de los pueblos, contra ministros flacos ó indignos de los cargos sagrados, contra la ignorancia y los vicios de los grandes y de la plebe. A fuer de acérrimo defensor de la fe y de la moral, de la disciplina y de la libertad, de la santidad y de la doctrina de la Iglesia, es bien digno de este otro encomio del ya citado Pascual: *Loado sea Dios, porque en ti perdura siempre la autoridad del Obispo, y si bien puesto entre bárbaros, no dejas de anunciar la verdad ni por violencia de tiranos, ni por favor de poderosos, ni por el furor del fuego, ni por opresión de mano. Y en otra ocasión: Alegrémonos porque con el auxilio de la gracia de Dios, ni las amenazas te conmueven, ni las promesas te exaltan.* (1)

Por todas estas cosas es muy justo que Nos también, Venerables Hermanos, nos regocijemos, al cabo de ocho siglos, como nuestro predecesor Pascual, y, haciendo eco á su voz, demos gracias á Dios. Nos es grato igualmente exhortaros á poner los ojos en este luminar de doctrina y de santidad, que, nacido en Italia, alumbró á Francia por más de treinta años y por más de quince á Inglaterra, y fue, en fin, para toda la Iglesia sostén y esplendor.

(1) *In lib. III., Epist. S. Anselmi, ep. 44 et 74.*

Que si grande fue Anselmo en las obras y en las palabras, esto es, si en la ciencia y en la vida, en la contemplación y en la acción, en la paz y en la lucha, procuró espléndidos triunfos á la Iglesia é insignes beneficios á la sociedad civil, todo se debe á su íntima adhesión á Cristo y á la Iglesia en el curso de su vida y de su magisterio.

Contemplando estos hechos, Venerables Hermanos, con particular estudio, en el solemne recuerdo de tan gran Doctor, sacaremos de ellos preclaros ejemplos que admirar y que imitar, y fuerza y consuelo en las arduas labores del sagrado ministerio, y para no desfallecer en el propósito de cooperar con todo esfuerzo á la obra de la restauración de todas las cosas en Cristo, á fin de que *sea formado Cristo en todas las almas* (1), mayormente en aquellas que son la esperanza del sacerdocio, para sostener constantemente la doctrina de la Iglesia, para luchar con vigor en pro de la libertad de la esposa de Cristo, de la santidad de sus derechos divinos, de todo aquello, en suma, que reclama la tutela del Supremo Pontificado.

Ni se os oculta, Venerables Hermanos, puesto que lo habéis á menudo lamentado con nosotros, cuán aflictivos son los tiempos en que hemos caído y cuán gravosas las condiciones en que nos hallamos. Entre los públicos infortunios de semejante situación, hemos sentido recrudecerse el dolor que nos han causado las calumnias dirigidas contra el clero, como si se hubiese mostrado indiferente al socorro en la desgracia; los obstáculos opuestos para que no aparezca la benéfica acción de la Iglesia en pro de sus hijos desolados; el desprecio de su providencia y de sus maternales cuidados.

No hablamos de otros hechos perjudiciales á la Iglesia, maquinados con engañosa astucia ó consumados con impío atrevimiento, con los cuales se ha pisoteado todo

(1) *Galat., IV, 19.*

derecho público y aun toda ley de equidad y honestidad natural, escándalo que revistió mayor perversidad en aquellos países que recibieron de la Iglesia más abundantes luces de cultura. A la verdad, ¿qué prueba más brutal que el ver entre aquellos hijos, algunos á quienes la Iglesia alimentó y acarició como á primogénitos y flor y nervio suyo, enderezar furiosos las armas contra el seno de la Madre que tanto los ha amado? Y no es para consolarnos la condición de otros países: la guerra misma, en varia forma, conturba y amenaza por vía de tenebrosas maquinaciones. En las naciones que más deben á la civilización cristiana se pretende despojar á la Iglesia de sus derechos; tratarla como si no fuese de suyo y de derecho sociedad perfecta, cual fue instituída por Cristo mismo, Reparador de nuestra naturaleza; aniquilar su reinado, el cual, si bien mira principal y directamente á las almas, no sirve menos á su eterna salud que á la prosperidad de la sociedad civil, y emplear todo esfuerzo para que impere en lugar del reino de Dios la licencia, bajo el mentido nombre de libertad. Para alcanzar el triunfo de la peor de todas las esclavitudes con el imperio de las pasiones y de los vicios, arrasando así á los pueblos al abismo de su ruina total — porque *el pecado hace desdichados los pueblos* (1) — no se deja de gritar: *No queremos que Él reine sobre nosotros.* (2)

De aquí la supresión en los países católicos de las Ordenes religiosas, que fueron siempre ornamento y defensa de la Iglesia y promotoras de las obras más benéficas de ciencia y de cultura entre los pueblos bárbaros y los civilizados; la postración y abatimiento de los institutos de beneficencia cristiana; el desprecio de los ministros sagrados, á quienes se reduce á la impotencia ó se cierra ó dificulta en extremo la vía de la ciencia y del magisterio pú-

(1) *Prov.*, xiv, 34.

(2) *Luc.*, xix, 14.

blico, ó se priva de la instrucción y educación de la juventud; la obstrucción de toda labor cristiana de pública utilidad; la persecución, en fin, de insígnies laicos que profesan abiertamente la fe católica, como gremio inferior y abyecto, hasta que venga el día, apresurado con leyes cada vez más inicuas ó con viles providencias, de prohibirles toda ingerencia en los negocios del Estado. Y se ufanan los autores de esta guerra, tan astuta como despiadada, de no moverlos otra causa que su amor á la libertad y al progreso, y hasta se atreven á hablar de caridad, de patria, asemejándose en esta mentira á su padre, *el cual fue homicida desde el principio, y cuando dice mentira, habla como quien es, por ser de suyo mentiroso* (1), y arde en odio insaciable contra Dios y contra el género humano. Son hombres de frente proterva aquellos que se ocupan en engañar y tender asechanzas á los incautos. No los inspira ni el dulce amor de patria, ó el anhelo del bien público, ú otro noble propósito ó deseo de alguna cosa buena, á hacer esa guerra nefanda, sino odio viejo contra Dios y contra su admirable institución, que es la Iglesia. De este odio surge, como de fuente envenenada, el insano empeño de oprimir á la Iglesia y de excluirla de la sociedad humana, y de esa pasión nacen también aquellas voces innobles de los que claman que la Iglesia ha muerto, á tiempo que no dejan de atacarla. Aun llevan su audacia é insensatez hasta el punto de enrostrarle, después de haberla despojado de toda libertad, que en nada contribuye al bienestar de la humanidad ni á la felicidad del Estado. Del mismo odio proviene su astuto disimulo ó su completo silencio respecto de los más claros beneficios de la Iglesia y de la Sede Apostólica, si es que estos beneficios no les ofrecen la ocasión de sugerir sospechas y de influir con insidioso artificio en el oído y en la mente de la multitud, espionando ó alterando todo acto

(1) *Juan.*, viii, 44.

ó dicho de la Iglesia, como si fuesen otros tantos inminentes peligros para la sociedad, en vez de reconocer, como es indudable, que los progresos de la genuina libertad y de la verdadera civilización se deben á Cristo principalmente, por obra de la Iglesia.

Acerca de esta guerra, que se agita afuera, movida por enemigos externos, *en la cual vemos cómo en unas partes es atacada la Iglesia por ejércitos ordenados ó en campo abierto y en otras con arte engañosa ó con encubiertas insidias*, hemos llamado otras veces vuestra vigilancia, Venerables Hermanos, principalmente en nuestra Alocución pronunciada en sagrado Consistorio el 16 de Diciembre de 1907.

Con no menor severidad y dolor nos hemos visto en el caso de denunciar y reprimir otro género de guerra, intestina y doméstica ciertamente, pero tanto más funesta cuanto más se oculta su acción. Hanla maquinado hijos perversos que se anidan en el seno mismo de la Iglesia para lacerarlo. Sus dardos se dirigen contra el alma de la Iglesia, á su raíz, para que sea más seguro y eficaz el tiro, pues que se proponen enturbiar las fuentes de la piedad y de la vida cristiana; destruir el sagrado depósito de la fe; demoler los fundamentos de la divina institución apelando al desprecio de la autoridad pontificia y de los obispos; dar nueva forma á la Iglesia, nuevas leyes, nuevos derechos, conforme á los principios de sus malignos sistemas; en suma, deformar la belleza de la esposa divina con el vano fulgor de una nueva cultura, esto es, de una falsa ciencia, de la cual manda el Apóstol nos precavamos con estas palabras: *Estad sobre aviso para que nadie os seduzca por medio de una filosofía inútil y falaz, fundada en la tradición de los hombres, conforme á las máximas del mundo y no conforme á la doctrina de Jesucristo.* (1)

Unos, seducidos por esta falsa filosofía y por esta nula

(1) *Coloss.*, 11, 8.

y falaz erudición, propia para hacer viso, y unida á una suma audacia de crítica, *devanearon en sus discursos* (1) y, *desechada la buena conciencia, vinieron á naufragar en la fe* (2); otros se agitan miserablemente entre las olas de la duda y no saben á qué puerto arribar; otros, en fin, malgastando tiempo y trabajo, se pierden en inquisiciones frívolas, que los alejan del estudio de las cosas divinas y de las sinceras fuentes de la doctrina. Ni aquel funesto azote, que por la pasión vehemente de novedad que lo informa ha recibido el nombre de *modernismo*, aunque repetidas veces denunciado y exhibido en toda su desnudez por los excesos de sus fautores, deja de ser de grave detrimento para la república cristiana. Cual veneno infiltrase este sistema en las venas y en las vísceras de nuestra sociedad, que va apartándose de Cristo y de la Iglesia, y á modo de *cáncer* serpea en el seno de la nueva generación, de suyo inexperta é inconsiderada. No es ciertamente el modernismo fruto de estudios serios y de verdadera ciencia, por cuanto no puede haber pugna entre la fe y la razón (3), sino de soberbia intelectual, de ese aire pestífero que se respira en nuestro tiempo, como bajo de cielo impuro y pesado, y de la ignorancia ó conocimiento confuso y embrollado de las cosas sagradas, unido á una necia presunción. Esta enfermedad endémica es fomentada por el espíritu de la incredulidad y de la rebelión contra Dios; por lo cual todo aquel que es víctima de tan ciego frenesí de novedad, juzga fácilmente bastarse á sí mismo, y pretende sacudir, abierta ó simuladamente, todo yugo de la divina autoridad y crearse una religión á su acomodo y naturalista, que tome la imagen y el nombre de cristiana, pero que se aparte muy lejos de su vida y de su verdad.

(1) *Rom.*, 1, 21.

(2) *Tim.*, 1, 19.

(3) *Concil. Vatic.*, *Constit. Dei filius*, cap. 4.

No es difícil descubrir en todo esto una de tantas formas de la guerra eterna que se hace á la verdad divina y que ahora se agita con tanto mayor peligro, cuanto más insidiosas son las armas de piedad fingida, de ingenuo candor, de buena voluntad con que hombres malévolos se empeñan en conciliar las cosas más opuestas, como las extravagancias de la ciencia humana con la fe divina, y el ondear frívolo del siglo con la dignidad y constancia de la Iglesia.

Mas si vosotros, Venerables Hermanos, lamentáis con Nos estas desgracias, no desfallezcáis ni renunciéis á toda esperanza. No ignoráis cuán graves luchas tuvieron que librar en otros tiempos, aunque diferentes del nuestro, las naciones cristianas. Basta que tornéis con el pensamiento á la edad de Anselmo, tan erizada de dificultades, como aparece de los anales eclesiásticos. Hubo que combatir entonces por la religión y la patria, ó sea por la santidad del derecho público, por la libertad, la civilización, la doctrina, cuya tutela estaba confiada solamente á la Iglesia; que poner coto á las violencias de los príncipes que se arrogaban la facultad de conculcar los derechos más sagrados; que extirpar los vicios, la ignorancia, la rudeza del pueblo mismo, no despojado todavía de su antigua barbarie; que levantar, en fin, una parte del clero, ó débil ó desarreglado en su conducta, como que no raras veces dependía su elección del capricho ó de las perversas artes de los príncipes y era por éstos dominado y sometido en todo á su imperio.

Tal era el estado de las cosas principalmente en aquellas regiones á cuyo beneficio consagró Anselmo mayor solícitud y diligencia, ya con el magisterio del doctor, ya con el ejemplo del religioso, ya con la vigilancia asidua y la múltiple industria del Arzobispo y del Primado. Experimentaron sobre todo su acción saludable las provincias de la Galia que habían caído hacia algunos siglos en po-

der de los Normandos, y las islas Británicas recibidas hacia poco tiempo en el seno de la Iglesia. Unas y otras, atormentadas tanto por revoluciones internas y por guerras externas, fueron causa de relajación en los reinantes y en los súbditos, en el clero y en el pueblo.

Lamentábanse fuertemente de los infortunios de su siglo varones insignes, como Lanfranco, maestro primero y luego predecesor de Anselmo en la Sede de Cantorbery, y más todavía los Pontífices Romanos, entre los cuales basta citar al invicto Gregorio VII, campeón intrépido de la justicia, constante defensor de los derechos y de la libertad de la Iglesia, guardián solícito y protector de la santidad del clero. Emulo de sus estudios y ejemplos, levantó Anselmo muy alto la voz de su dolor al escribir al soberano de su pueblo, que solía gloriarse de ser su pariente y amigo, estas palabras: *Ved, carísimo señor, de qué modo la Iglesia de Dios, nuestra Madre, que Dios llama su bella amiga y dilecta esposa, es pisoteada por príncipes perversos; cómo la llena de tribulación la ruina eterna de aquellos á quienes fue encomendada por Dios como á protectores que la defendiesen; con qué presunción usurparon ellos, en beneficio propio, los bienes eclesiásticos; con qué crueldad reducen á esclavitud la libertad de la Iglesia, y con qué impiedad menosprecian y disipan sus leyes y su religión. Miran con desvío los mandatos apostólicos (que tienen por objeto avigorar la religión cristiana), y de este modo se muestran desobedientes al Apóstol Pedro, que es Vicario de Cristo, y á quien Él encomendó su Iglesia. Porque los que rehusan someterse á la ley divina, son tenidos sin duda como enemigos de Dios (1). Si los sucesores de aquel poderoso monarca hubieran acogido esta voz de Anselmo, habrían seguido tan cristiano ejemplo otros reyes y pueblos, á quienes amó y defendió y colmó de beneficios.*

(1) *Epist.*, lib. III, ep. 65.

Ni las persecuciones, los destierros, las expoliaciones, las dificultades y las fatigas de luchas encarnizadas, enervaron sus fuerzas, sino que acendrarón su amor á la Iglesia y á la Sede Apostólica. *No temo, decía, el destierro, la pobreza, los tormentos y la misma muerte, porque mi corazón está preparado para todas estas cosas, mediante los divinos consuelos, por la obediencia á la Sede Apostólica y por la libertad de la Iglesia de Cristo, Madre mía* (1). Así escribía á nuestro Predecesor Pascual en medio de las pruebas más angustiosas. Que si Anselmo ocurre por protección á la cátedra de Pedro, es sólo para esto: *á fin de que nunca por por mi conducto ó por mi causa sea debilitada la constancia de la religión eclesiástica y de la autoridad apostólica*, como él lo expresa en cartas dirigidas á dos ilustres prelados de la Iglesia Romana. Y da de ello la razón y causa en que está cifrada para nosotros la fortaleza y la dignidad del Pastor: *Prefiero morir y mientras viva sufrir todo género de males en el destierro, á ver violada de algún modo la honra de la Iglesia de Dios por mi causa ó por mi ejemplo*. (2)

Esta honra, libertad é integridad de la Iglesia fueron objeto constante de los desvelos de Anselmo, quien las imploró de Dios con lágrimas, oraciones y sacrificios, y consagró á tan grandes bienes todas sus fuerzas, ora resistiendo vigorosamente, ora padeciendo con virilidad, ora defendiéndolos con su acción, con sus escritos y de viva voz. A tan laudable defensa excitó con palabras dulces y graves á los monjes sus hermanos, á los obispos, al clero y al pueblo fiel, y de modo más severo á aquellos príncipes que más conculcaban los derechos y libertad de la Iglesia en su propio daño y de sus súbditos.

Esas voces de santa libertad se han hecho de palpable

(1) *Epist.*, lib. III, ep. 73.

(2) *Ibid.*, lib. IV, ep. 47.

aplicación á nuestros días, en los labios de aquellos á quienes *el Espíritu Santo ha destinado á gobernar la Iglesia de Dios* (1); y no es ciertamente vano el fruto de la enseñanza de Anselmo, aunque parece que no había de tener acogida en vista de la debilidad de la fe ó de la perversión de las costumbres ó de la ceguedad de los prejuicios. A Nos principalmente se refiere, Venerables Hermanos, como muy bien lo sabéis, aquella divina exhortación: *Cláma, no ceses, haz resonar tu voz como una trompeta* (2); y sobre todo cuando, como ahora, *el Altísimo ha dado una voz como suya* (3) en el gemido de la naturaleza y en tremendas calamidades; voz *del Señor que sacude la tierra*; voz que de modo terrible nos enseña que es un puro nada lo que no es eterno, que *no tenemos aquí ciudad fija, sino que vamos en busca de lo que está por venir* (4); voz á un mismo tiempo de justicia y de misericordia, para que las naciones extraviadas tornen á la vía de la rectitud y de la bondad. En medio de estas públicas desventuras debemos nosotros levantar la voz; inculcar severamente las altas verdades de la fe, no sólo á los humildes, sino á los grandes, á los felices, á los árbitros y consejeros de los pueblos, y exponer á todos aquellos principios firmísimos que la historia ha confirmado con caracteres de sangre, tales como éstos: *El pecado hace desdichados los pueblos* (5); *Los grandes sufrirán grandes tormentos* (6); y aquello del Salmo II: *Ahora, oh reyes, entendedlo: sed instruídos vosotros, los que juzgáis la tierra. . . . Abrazad la buena doctrina, no sea que al fin se irrite el Señor, y perezcáis extraviados de la*

(1) *Act.*, XX, 28.

(2) *Isaías*, LVIII, 1.

(3) *Ps.*, XVII, 14.

(4) *Hebr.*, XIII, 14.

(5) *Prov.*, XIV, 34.

(6) *Sap.*, VI, 7.

senda de la verdad. Y de tales conminaciones son muy amargas las consecuencias, cuando se multiplican las culpas sociales, y cuando la exclusión de Dios y de la Iglesia de Cristo es el gravísimo pecado de los gobernantes y del pueblo; lo cual constituye una doble perturbación, que es fuente infinita de miserias para los individuos y para la sociedad.

Empero, si de culpas semejantes podemos hacernos responsables por silencio ó por indolencia, cosa no rara entre los buenos, cada uno de los Pastores sagrados estime dicho para sí y para su grey lo que Anselmo escribía al poderoso príncipe de Flandes: *Ruego, suplico, amonesto, aconsejo, como fiel de vuestra alma, Señor mío, y como amado verdaderamente en Dios, que nunca estiméis que se amengüe la dignidad de vuestra alteza, si amáis y defendéis la libertad de la esposa de Dios y Madre vuestra la Iglesia; ni penséis humillaros si la exaltáis, ni creáis debilitaros si la fortificáis. Ved, mirad en torno vuestro: los ejemplos están á la mano; considerad á los príncipes que la impugnan y conculcan, qué beneficio reportan, á qué punto llegan? Basta verlo, no es menester decirlo* (1). Y esto lo expresa hermosamente, con su acostumbrada fuerza y suavidad, á Balduino, rey de Jerusalén, en las siguientes palabras: *A título de amigo fidelísimo os ruego, amonesto y suplico y pido á Dios, que viviendo bajo de la ley de Dios, sometáis en toda vuestra voluntad á la divina voluntad. Sólo reinaréis en verdad para vuestro bien, si reináis según la voluntad de Dios. Ni acariciéis el pensamiento de muchos malos reyes, los cuales se figuran que la Iglesia les ha sido dada para servirles como á Señores, cuando al contrario, han de velar por ella como sus abogados y defensores. NADA AMA DIOS TANTO EN ESTE MUNDO COMO LA LIBERTAD DE SU IGLESIA. Los que quieren no tanto serle útil cuanto dominar, muestran*

(1) *Epist.*, lib. iv, ep. 12.

sin duda que son enemigos de Dios. Dios quiere que su esposa sea libre, no esclava. Aquellos que tratan con ella y la honran como á Madre, demuestran que son verdaderamente hijos suyos é hijos de Dios; mas los que la gobiernan como á súbdita, se hacen en vez de hijos, extranjeros, y son justamente desheredados y excluidos del premio que les ha sido prometido (1). Así desahogaba él su corazón inflamado de amor por la Iglesia, y así manifestaba su anhelo por la defensa de la libertad, tan necesaria para el gobierno de la familia cristiana, y gracias á Dios, como lo afirmaba el mismo ilustre Doctor en aquella concisa y vibrante sentencia: *Nada ama Dios tanto en este mundo como la libertad de su Iglesia. Y ciertamente, Venerables Hermanos, no podemos abriros mejor nuestra alma que repitiendo estas bellas palabras.*

Creemos igualmente oportuno reproducir aquí otras enseñanzas del mismo Santo á los poderosos. A la reina Matilde de Inglaterra escribía: *Si queréis dar gracias á Dios con vuestras mismas obras, recta, bien y eficazmente, tomad en consideración aquella reina que se dignó elegir de este mundo como esposa. ... Consideradla, exaltadla, honradla, defendedla, para que con esta y en esta esposa agradéis á Dios, y con ella viváis reinando en la beatitud eterna* (2). Y principalmente cuando os encontréis con algún hijo que, envanecido con el poder terreno, vive olvidado de su amantísima Madre ó se muestra rebelde á su dulce imperio, conviene tener presente que á vosotros toca inculcar á menudo y oportuna é inoportunamente estos y otros principios análogos, y aconsejarle que se muestre respecto de la Iglesia, no como Señor sino como abogado, no hijastro sino hijo verdadero. (3) Porque á nosotros incumbe, precisamente por razón de

(1) *Epist.*, lib. iv, ep. 8.

(2) *Ibid.*, lib. iii, ep. 57.

(3) *Ibid.*, ep. 59.

nuestro oficio, enseñar y procurar que se grave en las almas el siguiente juicio de Anselmo, tan paternal como noble: *Cuando oigo algo de vosotros que no agrada á Dios y no os conviene, si omito amonestaros, ni temo á Dios, ni os amo como debo* (1). Mas si llega á nuestro conocimiento *que las iglesias confiadas á vuestro celo no son dirigidas por vosotros cual conviene á ellas y á vuestras almas*, en tal caso debemos, imitando á Anselmo, pedir de nuevo y aconsejar y amonestar *que meditéis en ese asunto con diligencia, y si vuestra conciencia os dice que hay en él algo que corregir, os apresuréis á corregirlo* (2). A la verdad, no debe despreciarse lo que es susceptible de enmienda, porque Dios pide á todos cuenta no sólo del mal que hacen sino de no corregir los males que pueden remediar. Cuanto más poder tienen para este objeto, con tanta mayor severidad Dios exige de ellos que amen y hagan el bien, conforme al poder que les ha sido comunicado gratuitamente. . . . Y si vosotros no podéis hacerlo todo á un mismo tiempo, no debéis por ello omitir el esfuerzo de obrar progresivamente, porque Dios encamina á la perfección los buenos propósitos y retribúyelos con infinita largueza. (3)

Estas y otras semejantes enseñanzas, de suma sabiduría y santidad, que Anselmo ponía en los oídos de los señores y de los reyes de la tierra, pueden muy bien repetir las los pastores y príncipes de la Iglesia, como defensores naturales de la verdad, de la justicia y de la religión. No desconocemos que los obstáculos se han multiplicado en nuestros días, hasta el extremo de que apenas nos queda lugar donde podamos movernos sin dificultad y sin peligro; porque á la vez que en todas partes imperan con desenfrenada licencia el vicio y la impiedad, se aprisiona á la

(1) *Epist.*, lib. iv, ep. 52.

(2) *Ibid.*, lib. iv., ep. 52.

(3) *Ibid.* lib. iii, ep. 142.

Iglesia con fiera obstinación, é invocándose con sarcasmo el nombre de libertad, se inventan nuevas trazas para entorpecer vuestra obra y la de vuestro clero, y así no es de admirar que *no podáis hacerlo todo á un mismo tiempo* para apartar á los hombres del error y del vicio, para corregir las malas costumbres, para infundir en las inteligencias las ideas de lo verdadero y de lo justo, para alivio, en fin, de las calamidades que afligen á la Iglesia.

Mas no desmayemos. Vive Dios y hará que *todas las cosas contribuyan al bien* (1). El sacará del mal el bien y cuanto más inicuas sean las artes de la humana perversidad, tanto más espléndido será el triunfo de su obra y de su Iglesia. Es este el admirable consejo de la Providencia divina; estos *sus incomprensibles caminos* (2) en el actual orden de las cosas; — pues *los pensamientos míos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son los caminos míos, dice el Señor* (3), — á fin de que la Iglesia renueve siempre más en sí la semejanza de su divino Fundador, el cual padeció tantos y tan graves dolores, y en cierta manera cumpla *lo que resta por padecer á Cristo en sus miembros*. (4) De aquí su condición de militante en la tierra, y la ley de que viva perpetuamente en medio de luchas, angustias é infortunios, esto es, *pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios* (5) y unirse en el cielo con la Iglesia triunfante.

Esto nos lo explica Anselmo al hablar de aquellas palabras de San Mateo: *Jesús obligó á sus discípulos á subir en la barca*, — en estos términos: *Según la mística inteligencia de este paso*, describese en él sumariamente el estado de la Iglesia desde la venida del Salvador hasta el fin del mun-

1) *Rom.*, vii, 28.

(2) *Ibid.*, xi, 33.

(3) *Isai.*, l v, 8.

(4) *Coloss.*, i, 24.

(5) *Act.*, xiv, 21.

do.... La nave ERA COMBATIDA POR LAS OLAS EN MEDIO DEL MAR, mientras Jesús permanecía en la cima del monte. Así desde que el Salvador subió al cielo, la Santa Iglesia ha sido agitada por grandes tribulaciones en este mundo, azotada por varias tempestades de persecuciones, atormentada por la malignidad de hombres depravados y probada de muchos modos por los vicios.—EL VIENTO LE ERA CONTRARIO. De la misma manera el soplo de los espíritus malignos persigue á la Iglesia siempre, para que no arribe al puerto de salud, y procura volcarla bajo las olas de la adversidad del mundo, moviéndole toda suerte de contrariedades. (1)

Y erran pues gravemente aquellos que se imaginan para sí y para la Iglesia un estado libre de toda perturbación, en el cual las cosas se conformen con nuestro querer, sin pugna de ningún género con la autoridad é imperio de la sagrada potestad, como si fuera dado vivir en jubilosa inacción. No menos se engañan quienes, guiados por la vana é ilusoria esperanza de poseer esta paz, disimulan los derechos y los intereses de la Iglesia, los sacrifican á las conveniencias privadas, los menoscaban injustamente y lisonjean al mundo, que *está todo poseído del mal espíritu* (2), so pretexto de ganarse el favor de los fautores de novedades y de reconciliarlos con la Iglesia, como si fuera posible hermanar la luz con las tinieblas y á Cristo con Belial. Es ésta una alucinación cuyas vanas ficciones nunca desaparecerán mientras haya en el mundo soldados, bien sean débiles ó traidores que al primer golpe ó arrojan las armas ó descienden á contemporizar con el enemigo, que es aquí el enemigo irreconciliable de Dios y de los hombres.

Os toca, por lo tanto, Venerables Hermanos, constituidos por la Divina Providencia, pastores y guías del pueblo cristiano, resistir fortísimamente contra esta deplorable tendencia de la sociedad moderna de adormecerse en

(1) *Hom.*, III.

(2) I. *Joan.*, v, 19.

vergonzosa inercia, en medio de la guerra abierta que se hace á la Religión, buscando una vil neutralidad, conculcando con ambages y compromisos los derechos divinos y humanos, y dando al olvido aquella terminante sentencia de Cristo: *El que no está conmigo, está contra mí.* (1) Y no es que los ministros de Cristo dejen de abundar en caridad paterna, puesto que á ellos principalmente se refieren las palabras del Apóstol: *Hiceme todo para todos, por salvarlos á todos* (2); ni es que no convenga en ocasiones el ceder algo del derecho propio, en cuanto sea lícito y lo exija la salud de las almas. Por fortuna, de tal cargo estáis libres vosotros, que sois aguijoneados por la caridad de Cristo: nos referimos á esa condescendencia equitativa, que actúa sin el menor detrimento del deber y no mira en nada á los eternos principios de la verdad y de la justicia.

Así leemos que acaeció en la causa de Anselmo ó más bien en la causa de Dios y de la Iglesia, por lo cual tuvo que librar largas y duras batallas. Con efecto, terminada al fin aquella prolongada discordia, escribiale nuestro Predecesor Pascual II, á quien frecuentemente hemos citado: *Merced á tu caridad y á tus oraciones, hemos alcanzado que la misericordia divina en esta parte volviese la mirada al pueblo encomendado á tu celo.* Y respecto á la paternal indulgencia, usada por el mismo Pontífice en pro de los culpables, dice esto: *Al fin has obtenido, por medio de compasión y afecto, que podamos levantar á los que yacían postrados. El que estando en pie procura dar la mano al caído para levantarlo, no logrará esto si no se inclina él mismo. Por lo demás, aunque la inclinación parezca como acercarse al caído, este estado no pierde el equilibrio de la rectitud.* (3)

(1) MATEO, XII, 30.

(2) I. *Cor.*, IX, 22.

(3) In Libro III, *Epist. S. Anselmi*, ep. 140.

Empero, al hacer nuéstras estas palabras de nuestro muy piadoso Predecesor, dichas para consolación de Anselmo, no queremos disimular el sentimiento vivísimo del peligro, muy conocido entre los más ilustres pastores de la Iglesia, de ir más allá de lo justo ó en la condescendencia ó en la resistencia. De tal temor son argumento las ansias, las trepidaciones, las lágrimas de varones santísimos, los cuales sentían con más intensidad que otros el terrible peso del gobierno de las almas y la magnitud del peligro; pero el argumento más poderoso es la vida de Anselmo, quien, arrebatado á la soledad del claustro y al estudio, para ser elevado á dignidad altísima en tiempos muy difíciles, se vio presa de solicitudes y angustias acerbísimas, entre las cuales nada temía tanto como el no hacer lo que debía por la salud de su alma y de su pueblo, por el honor de Dios y de su Iglesia. En medio de tantas tribulaciones y del vivo dolor que le causaba el culpable abandono de muchos, aun de sus colegas en el episcopado, su mayor consuelo era el confiar en Dios, y el apelar al auxilio de la Sede Apostólica, por manera que, *puesto en el naufragio, y al estallar de las tempestades, se refugiaba en el seno de la Iglesia su madre*, pidiendo del Romano Pontífice *piadosa y pronta ayuda y consuelo* (1). Y acaso permitió el Señor que hombre como aquél, de singular sabiduría y santidad, experimentase tan grandes penas, para que fuese á la vez nuestro consuelo y nuestro ejemplo en las mayores dificultades y angustias del ministerio pastoral, y así cada uno de nosotros pudiera querer y cumplir en sí mismo aquello del Apóstol: *Con gusto me gloriaré de mis flaquezas, para que haga morada en mí el poder de Cristo, por cuya causa yo siento satisfacción en mis enfermedades...* pues cuando estoy débil, entonces soy más fuerte (2). Ni son fuera de

(1) *Epist.*, lib. III, ep. 37.

(2) *III. Cor.*, XII, 9, 10.

propósito las siguientes palabras que Anselmo escribía á Urbano II: *Padre santo, me duelo de ser lo que soy; de no ser lo que fui; de ser Obispo, porque á causa de mis pecados, no cumplo mis deberes de tal. En mi humilde estado me parecía poder hacer algo, pero puesto en lugar sublime, agobiado por carga tan enorme, no obtengo fruto para mí ni soy útil á alguno. Sucumbo al peso, porque más de lo que parece creíble, sufro penuria de fuerzas, de virtudes, de industria y de ciencia para desempeñar ese cargo. Anhele huir de tan grave ministerio, dejar la carga, porque temo ofender á Dios. Si este temor me obligó á aceptar, también me obliga á soportar la responsabilidad que tal acto entraña...* Ahora, que se me oculta la voluntad de Dios, ignoro lo que debo hacer, suspiro errabundo, y no sé cómo poner fin á este negocio. (1)

Así suele Dios hacer sentir á los grandes santos la nativa flaqueza, para mejor manifestar en ellos, cuando hacen obras meritorias, la fuerza de la virtud divina, y con el sentimiento humilde y veraz de la insuficiencia individual, mantener más sólida la adhesión cordial á la autoridad de la Iglesia. Esto se ve precisamente en Anselmo y en otros obispos contemporáneos suyos, que combatieron en defensa de la libertad y de la doctrina de la Iglesia, bajo la dirección de la Sede Apostólica, y obtuvieron por fruto de su obediencia glorioso triunfo, confirmando con su ejemplo la divina sentencia: *el hombre obediente cantará victoria* (2). La esperanza de tan preciado galardón resplandece de modo especial para aquellos que obedecen de preferencia á Cristo en su Vicario en todo lo que concierne al gobierno de las almas ó al régimen de la república cristiana ó á otras cosas unidas á esto por algún vínculo, porque *de la autoridad de la Sede Apostólica de-*

(1) *Epist.*, lib. III, ep. 37.

(2) *Prov.*, XXI, 28.

penden la dirección y los consejos de los hijos de la Iglesia. (1)

Cuánto se distinguió Anselmo en este género de virtud y con qué ardor y fidelidad conservó siempre unión perfecta con la Sede Apostólica, se puede colegir de las siguientes palabras por él escritas al mismo Pontífice Pascual: *Con cuánta solicitud mi alma profesa, hasta donde sus fuerzas lo permiten, reverencia y obediencia á la Santa Sede, lo atestiguan las muchas y gravísimas tribulaciones de mi corazón, sólo conocidas por Dios y por mí. . . . Esto me hace esperar que ya nada me hará separar de tan alto deber. Así que, en cuanto me es posible, quiero someter todos mis actos al juicio de la misma autoridad, para que los dirija y, donde sea necesario, los corrija.* (2)

La misma firmeza de voluntad nos demuestran los actos, los escritos y sobre todo aquellas cartas dulcísimas, que nuestro Predecesor Pascual dejó escritas con la pluma de la caridad (3). Con todo, en sus epístolas al Pontífice no sólo implora piadosa ayuda y consuelo (4), sino promete orar de continuo al Todopoderoso, como lo hizo al escribir con afecto filial á Urbano II, á la sazón Abad de Breccia, estas palabras: *Por vuestra tribulación y de la Iglesia Romana, que es tribulación nuestra y de todos los verdaderos fieles, no dejamos de pedir á Dios asiduamente, para que os dulcifique los días malos, hasta que sea cavada la fosa al pecador. Y estamos ciertos, aunque nos parezca ya prolongado el mal, de que Dios no dejará el cetro de los pecadores sobre la heredad de los justos, de que no abandonará su heredad, y de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* (5)

(1) *Epist.*, lib., IV, ep. 1.

(2) *Ibid.*, ep. 5.

(3) In lib. III, *Epist. S. Anselmi*, ep. 74.

(4) *Ibid.*, ep. 37.

(5) In lib. II, *Epist. S. Anselmi*, ep. 33.

Saquemos de estos y otros escritos de Anselmo admirable consolación, así para renovar la memoria de su autor — tan adicto á esta Sede Apostólica — como para refrescar el recuerdo de vuestras cartas y de otros innumerables testimonios vuestros de afecto, oh Venerables Hermanos, en luchas semejantes á las de aquel adalid cristiano.

Es de admirar cómo la unión de los obispos con el Pontífice Romano ha venido estrechándose cada día con más vigor entre el tronar de las tempestades que por medio de los siglos se han desencadenado contra el nombre cristiano. En nuestros días esta unión se ha hecho tan unánime y cordial, que siempre resalta más su carácter divino. En ella se cifra en verdad nuestro mayor consuelo, como que es gloria y fortaleza valiosísima. Empero, cuanto más excelente es el beneficio, tanto más es envidiado del demonio y odiado del mundo, el cual no conoce nada semejante en la sociedad terrena, ni puede explicárselo con sus razones políticas y humanas, siendo el cumplimiento de la misma sublime oración de Cristo en la última Cena.

Es en consecuencia necesario, Venerables Hermanos, el esforzarnos con todo empeño en vigilar y hacer siempre más íntima y cordial esta unión divina entre la Cabeza y los miembros, no mirando á consideraciones humanas, sino á razones divinas, á fin de que seamos todos *una sola cosa* en Cristo. En vigorizar este noble esfuerzo cumpliremos mejor nuestra excelsa misión, que es impulsar la obra de Cristo y propagar su reino en la tierra. A este fin se encamina aquella amorosa plegaria de la Iglesia á su celestial Esposo, en la cual se contiene el mayor de nuestros anhelos: *Padre Santo, guarda en tu nombre á estos que tú me has dado, á fin de que sean una sola cosa como nosotros.* (1)

(1) *Joan.*, XVII, 11.

Necesitase este esfuerzo no sólo para defendernos de los asaltos externos de los que abiertamente combaten contra la libertad y los derechos de la Iglesia, sino de los peligros de la guerra doméstica é intestina de que hicimos mención cuando recordamos con dolor aquella clase de hombres extraviados que, apoyándose en pérfidos sistemas, pretenden cambiar la forma y la naturaleza misma de la Iglesia, violar la integridad de su doctrina y destruir toda disciplina. Aun en los momentos presentes circula este veneno, que yá se ha infiltrado en muchos miembros del clero, principalmente jóvenes, á quienes el desenfrenado delirio de novedad, á manera de aire impuro, trastorna y no permite respirar atmósfera de vida.

Ni faltan quienes, por flaqueza de espíritu é influídos por la pasión, se sirven de los progresos mismos, buenos de suyo; en las ciencias positivas y en la prosperidad material, para lanzar con soberbia é intolerable astucia, nuevos dardos contra la verdad divina. Ellos, al contrario, debían tener en cuenta las múltiples contradicciones de los inventores de novedades en las cuestiones del orden especulativo y práctico más necesarios para el hombre, y reconocer cómo el castigo del orgullo humano es por cierto el no ser consecuente consigo mismo y el naufragar miserablemente antes de descubrir el puerto de la verdad. No se han aprovechado siquiera de esta experiencia para humillarse y destruir *las maquinaciones del filosofismo y toda altanería contra la ciencia de Dios, cautivando todo entendimiento á la obediencia de Cristo.* (1)

Lejos de proceder así, han pasado de un extremo á otro, de presumir á desesperar, siguiendo aquel método de filosofía que adopta por principio la duda universal y envuelve así en tinieblas todas las cosas. De aquí la profesión del *agnosticismo* contemporáneo y de infinidad de

(1) II. Cor. x, 4, 5.

teorías absurdas que pugnan entre sí y con la recta razón. Por lo cual *devanearon en sus discursos... y jactándose de sabios, pararon en ser unos necios.* (1)

En nuestros días sus palabras grandilocuentes é insidiosas, sus soberbias invocaciones de una nueva sabiduría como bajada del cielo y de profundas vías intelectuales, han alucinado á muchos jóvenes, como sucedió en otro tiempo á Agustín con los discursos de los Maniqueos, y los han apartado, más ó menos maliciosamente, del recto camino. Empero, de maestros tan funestos de sabiduría insana, de sus tendencias, de sus ilusiones y de sus perniciosos sistemas hablámos extensamente en nuestra Encíclica de ocho de Septiembre de 1907, *Pascendi dominici gregis.*

Conviene ahora notar que si los mencionados peligros son más graves y más inminentes en nuestros días, que los que amenazaban la doctrina de la Iglesia en los tiempos de Anselmo, no son sin embargo totalmente diversos de aquéllos; por lo cual es de considerar cómo en su obra de Doctor podemos nosotros encontrar casi un auxilio y consuelo iguales para la tutela de la verdad, como los encontramos en su fortaleza apostólica para la defensa de la libertad y de los derechos de la Iglesia.

Para no hablar de la cultura intelectual del clero y del pueblo en aquella edad remota, nos referiremos brevemente al doble exceso de opuestos extremos, en que incurrieron no pocos ingenios.

Algunos más ligeros y envanecidos, nutridos de una erudición superficial, gloriábanse en su indigesto acopio de conocimientos. Sedújolos un señuelo de filosofía y de dialéctica vana y falaz, que privaban bajo el nombre de ciencia, y sin otro motivo despreciaban las autoridades sagradas, y con nefanda temeridad osaban disputar contra

(1) Rom., 1, 21, 22.

cualquiera de los dogmas de la fe cristiana. . . y con orgullo insensato juzgaban imposible cuanto no podían entender, en vez de confesar humildemente que hay muchas cosas inaccesibles al entendimiento humano. Suelen en verdad ciertos espíritus, apenas han comenzado como á exhibir los cuernos de una ciencia presuntuosa de suyo (ignorando que si alguien cree saber algo, no conoce de qué modo puede saberlo, antes de que, mediante la solidez de la fe, tenga alas espirituales) elevarse con arrogancia á las cuestiones más altas de la fe. De lo cual resulta que mientras se afanan en ascender por la inteligencia antes de tiempo, venen obligados á descender por la misma inteligencia á errores multiformes (1). Tristísimos ejemplos de esta clase los tenemos á la vista!

Otros, al contrario, tímidos é indolentes, espantados por el naufragio de muchos en la fe y por el peligro de la ciencia que infla, fueron hasta el extremo de excluir todo uso de la filosofía y aun todo estudio de discusión razonada en las doctrinas sagradas.

Entre estos dos excesos está la costumbre católica, la cual detesta la presunción de los primeros — condenada por Gregorio IX en la edad subsiguiente — quienes hinchados á manera de odres por el espíritu de vanidad, se esforzaban más de lo debido en establecer la fe con razón natural, adulterando la palabra de Dios con las fantasías de los filósofos (2), y reprobaba asimismo la negligencia de los segundos que, demasiado ajenos á la investigación de la verdad, no procuran el progreso intelectual por medio de la fe (3), mayormente si por razón de su oficio les corresponde defender la fe católica contra tanta multitud de errores.

(1) S. Anselm., *De fide Trinitatis*, cap. 2.

(2) Gregor., ix, *Epist.* "Tacti dolore cordis," ad theologos Parisien., 7 Jul. 1228.

(3) In lib. II, *Epist.* S. Anselmi, op. 41.

A tan necesaria defensa parece divinamente estimulado Anselmo, á fin de que con el ejemplo, con la voz, con los escritos señalase la vía segura, abriese las fuentes de la sabiduría cristiana para el bien común y fuese guía y norma de los doctores católicos que después de él enseñaron las sagradas letras por el método escolástico (1). Por obra tan grande no sin razón fue tenido y celebrado Anselmo como su precursor.

Mas no quiere esto decir que el Doctor de Aosta ascendiese desde luego y al primer esfuerzo á la cumbre de la filosofía y de la teología ó alcanzase la fama de los dos grandes maestros Tomás y Buenaventura. Los frutos posteriores de la sabiduría de estos últimos sólo maduraron con el tiempo y mediante el concurso de las fatigas de muchos doctores. El mismo Anselmo, modestísimo como es propio de los verdaderos sabios, no menos que docto y perspicaz, no dio á luz ninguno de sus escritos sino cuando se presentaba la ocasión para ello, por impulso de otros, y con esta constante advertencia: *si algo decimos que merezca corrección, no la rehusamos* (2). Cuando se trata de asuntos controvertibles y no conexados con la fe, no quiere que el discípulo se adhiera de tal modo á sus aserciones, que las profese pertinazmente, si alguno con argumentos más poderosos logra destruirlas y establecer opiniones diversas. Si esto sucede, bastará que no niegue que él ha cooperado á que tales materias hayan sido sometidas al ejercicio de la discusión. (3)

Con todo, Anselmo obtuvo más de lo que él esperaba ó de lo que otro cualquiera hubiera presumido: el éxito feliz de su obra fue tal, que la gloria de los doctores que le sucedieron y del mismo Tomás de Aquino no oscureció

(1) *Breviar. Rom.*, die 21 Aprilis.

(2) *Cur Deus homo*, lib. II, cap. 23.

(3) *De Gramático*, cap. 21, sub finem.

la suya, aunque este gran doctor no aceptara todas sus conclusiones, y otras fuesen por él complementadas ó expuestas con más amplitud y perfección. Anselmo tuvo el mérito de abrir el camino á la especulación, de disipar las sospechas de los tímidos, de asegurar contra los peligros á los incautos, y de conjurar la maligna labor de los sofistas, de quienes él decía con razón: esos... los *dialécticos de nuestro tiempo, son los herejes con armadura dialéctica* (1), cuya inteligencia es esclava de la imaginación y de la vanidad.

Respecto de estos últimos observa además que *mientras todos aconsejan que se toquen con mucha cautela las cuestiones referentes á las sagradas páginas, los tales son precisamente quienes han de ser excluidos del todo de la discusión de asuntos espirituales*. Y la razón que da de su juicio es más que nunca aplicable á los modernos imitadores de aquellos sofistas, cuyos errores repiten: *En sus almas ciertamente la razón, que debe ser principio y juez de cuanto hay en el hombre, se halla de tal modo envuelta en imaginaciones corporales, que no puede de éstas despojarse, ni alcanza á distinguir aquellas cosas que ella sola y pura debe contemplar*. (2)

Ni pueden parecer extrañas á nuestros días estas otras palabras con que Anselmo se ríe de esta especie de filósofos. *Porque no pueden, dice, comprender lo que creen, disputan contra la verdad de la fe misma, confirmada por los Santos Padres; como si los murciélagos y las lechuzas, que sólo ven el cielo de noche, disputaran acerca de los rayos del sol en su meridiano, contra las águilas que miran el mismo sol sin pestañear* (3). En este y en otros lugares (4) condena la perversa opinión de aquellos que, concediendo de-

(1) *De fide Trinitatis*, cap. 2.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

(4) In lib. II, *Epist. S. Anselmi*, ep. 41.

masiado á la filosofía, le atribuían el derecho de invadir el campo de la teología. Al oponerse el ilustre Doctor á tal necedad, señala perfectamente los límites de la una y de la otra, é insinúa con bastante claridad cuál es el oficio de la razón natural en las cosas que pertenecen á la doctrina divinamente revelada. *Nuestra fe, dice, debe ser defendida contra los impíos por medio de la razón*.—Mas de qué modo y hasta qué punto?—Decláranlo abiertamente las palabras que siguen: *Se les debe mostrar racionalmente cuánto nos desprecian irracionalmente* (1). El deber principal de la filosofía es, por lo tanto, poner de manifiesto el *obsequio razonable* en pro de nuestra fe, y, como consecuencia de ese deber, el de creer á la autoridad divina que nos propone misterios altísimos, los cuales, confirmados por muchos testimonios, *se han hecho por extremo creíbles*. Muy diverso de éste es el oficio de la teología cristiana, la cual se funda en la divina revelación y hace más sólidos en la fe á aquellos que confiesan gozar del honor de llamarse cristianos. *Por lo cual ningún cristiano debe disputar como no sea verdad lo que la Iglesia católica cree con el corazón y confiesa con la boca, sino que ha de buscar humildemente, en cuanto le sea posible, aquella verdad, teniendo siempre firmemente la misma fe, y amando y viviendo según ella. Si puede comprender, dé gracias á Dios, y si no, incline la cabeza para venerar, en vez de aguzar los cuernos para escudriñar*. (2)

Cuando los teólogos buscan ó los fieles piden razones acerca de nuestra fe, no es para apoyar en ellas la suya, que tiene por fundamento la autoridad de Dios revelador, sino para que, según el sentir de Anselmo, *así como el recto orden exige que nosotros creamos en las profundidades de la fe cristiana* — que se llaman misterios — *antes que presuma-*

(1) In lib. II, *Epist. S. Anselmi*, ep. 41.

(2) *De fide Trinitatis*, cap. 2.

mos discutirlos, del mismo modo me parece indolencia que después de haber sido confirmados en la fe, no procuremos entender lo que creemos (1). Habla precisamente de aquella inteligencia de que trata el Concilio Vaticano (2), pues en otra parte discurre así: *Aunque después de los Apóstoles nuestros Santos Padres y Doctores digan tantas y tan grandes cosas de la razón de nuestra fe..... no pudieron sin embargo decir todo lo que hubieran podido, si su vida hubiera sido más larga. Es tan amplia y profunda la razón de la verdad, que los mortales nunca podrán agotarla y el Señor no cesa de impartir los dones de su gracia á la Iglesia, con la cual prometió estar hasta la consumación de los siglos. Y para no hablar de otros pasos en que la Sagrada Escritura nos invita á investigar la razón, como cuando dice: si no creyereis no entenderéis, claramente nos advierte la intención de referirse á la inteligencia cuando enseña de qué modo debemos elevarnos á ella. Ni es de omitirse la última razón que él añade: entre la fe y la visión hay un medio, cual es la inteligencia que podemos alcanzar en esta vida, y cuanto más adelantamos en ella, tanto más nos acercamos á la visión que todos anhelamos.* (3)

Con estos sólidos principios, no sin que omitamos otros, Anselmo puso los fundamentos de la filosofía y de la teología, los cuales fueron adoptados en las edades futuras, acrecentados, ilustrados y perfeccionados por otros personajes sapientísimos, príncipes de la Escolástica, para honra y defensa de la Iglesia, entre los cuales figura principalmente el Doctor de Aquino. Sobre este mérito de Anselmo hemos insistido de grado, Venerables Hermanos, para tener una nueva y deseada ocasión de exhortaros á que procuréis conducir á la juventud, señaladamente del

(1) *Constil. Dei Filius*, cap. 4.

(2) *Dei Fide Trinitatis*, Præfatio.

(3) *Cur Deus homo*, lib. 1, cap. 2.

clero, á las fuentes saludables de la sabiduría cristiana, abiertas primeramente por el doctor de Aosta y enriquecidas en gran copia por Tomás de Aquino. A este propósito conviene no olvidar las instrucciones de nuestro Predecesor, de feliz memoria, León XIII (1) y las nuestras mismas, muchas veces repetidas en varios documentos, especialmente en la ya citada Encíclica *Pascendi dominici gregis*, de 8 de Septiembre de 1907.

A la vista, ay! están las ruinas que ha cavado el abandono de estos estudios ó el no haberlos hecho con método cierto y seguro, cuando no pocos, aun personas eclesiásticas, sin ser idóneas ó estar preparadas, se han atrevido, sin temor alguno, á discutir las más altas cuestiones de la fe. (2) Deplorando con Anselmo tal desgracia, repetimos á la vez sus palabras de seria admiración: *Nadie se ingiera temerariamente en las intrincadas cuestiones de las cosas divinas, si antes no ha adquirido con la solidez de la fe gravedad de costumbres y recto juicio puesto que, discurriendo con incauta ligereza por las múltiples encrucijadas de los sofismas, puede caer en el lazo de alguna tenaz falsedad.* (3)

La incauta ligereza de que hablamos, donde es enardecida, como acontece de ordinario, con el fuego de las pasiones, es la ruina total de los estudios serios y de la integridad de la doctrina; porque con la hinchazón de aquella *soberbia insipiente*, lamentada por Anselmo en los *herejes dialécticos* de su tiempo, se desprecia la sagrada autoridad tanto de las Santas Escrituras, como de los Padres y Doctores, de quienes el juicio del ingenio más modesto no podría ser sino éste: *Ni en nuestros tiempos, ni en los futuros esperamos que haya un hombre igual á ellos en la contemplación de la verdad* (4). Tampoco hacen caso los espíritus en

(1) *Encycl. Æterni Patris*, diei 4 Aug. 1879.

(2) *De fide Trinitatis*, cap. 2.

(3) *Ibid.*

(4) *De fide Trinitatis*, Præfatio.

referencia de la autoridad de la Iglesia y del Sumo Pontífice, cuando se trabaja en reducirlas á mejor acuerdo, si bien son á veces pródigas en palabras de protesta de sujeción, con las cuales esperan ampararse, ganando crédito y protección. Semejante desprecio cierra casi la vía á toda fundada esperanza de arrepentimiento de los extraviados, pues niegan la obediencia á Aquel á quien *la divina Providencia, como á Padre de la Iglesia universal peregrinante en el mundo. . . ha encomendado la custodia de la vida y de la fe cristianas y el gobierno de su Iglesia, y por esto donde surja alguna cosa en la Iglesia contra la fe católica, á ninguna otra persona va enderezada más justamente, para que sea corregida por su autoridad; ni á otro se muestra con más seguridad lo que se responde contra los errores, para que sea examinada por su prudencia* (1). Pluguiese á Dios que estos desgraciados, que siempre se dicen sinceros, francos, fieles al deber, versados en las cosas del mundo y de la religión, y de fe activa, se guíen por el ejemplo y por la doctrina de Anselmo, y aprendan y graben en su mente de modo especial las siguientes palabras de este Doctor: *Primero es limpiar el corazón con la fe, y primero iluminar los ojos por la observancia de los preceptos del Señor. . . y primero debemos hacernos pequeños mediante la humilde obediencia á los testimonios divinos, para que aprendamos la sabiduría. . . Y no solamente el entendimiento humano es incapaz sin la fe y sin la obediencia á los preceptos de Dios de ascender al conocimiento de las cosas más altas, sino que á veces, obteniendo este conocimiento, desaparece y la misma fe se aniquila, cuando se desprecia la buena conciencia.* (2)

Que si hombres turbulentos y perversos continúan en la obra de sembrar las semillas del error y de las disensio-

(1) S. Anselm., *De nuptiis consanguineorum*, cap. I.

(2) Ibid.

nes, de disipar el patrimonio de la sagrada doctrina de la Iglesia, de impugnar su disciplina, de mofarse de sus venerandas costumbres, cuyo intento de proscibir es una especie de herejía (1) y de arruinar, finalmente, desde sus fundamentos la constitución divina de la Iglesia, tanto más ahincadamente debemos invigilar nosotros, Venerables Hermanos, y alejar de nuestra grey y de la parte más tierna de ella en particular, que es la juventud, peste tan perniciosa. Imploramos de Dios esta gracia con preces incesantes, interponiendo el valiosísimo patrocinio de la Augusta Madre de Dios y la mediación de los bienaventurados ciudadanos de la Iglesia triunfante, sobre todo de Anselmo, luminar esplendente de sabiduría cristiana, guardián incorruptible y vigoroso defensor de todos los derechos sagrados. A tan santo varón nos es grato dirigirnos con las mismas fervientes palabras que le escribió nuestro Santísimo Predecesor Gregorio VII:

Por cuanto el buen olor de tus obras ha venido hasta Nos, damos de ello dignas gracias á Dios y te abrazamos de corazón en el amor de Cristo, creyendo por cierto que por tus ejemplos ha sido enaltecida la Iglesia de Dios y por tus oraciones y las de otros varones de tu posición podrá verse salvada de los peligros que la amenazan, mediante la misericordia de Cristo. Rogamos, por lo tanto, á tu paternidad pida á Dios asiduamente que libre á su Iglesia y á Nos que aunque indigno la gobernamos, de las pertinaces opresiones de los herejes, y que, depuestos sus errores, los reduzca al camino de la verdad. (2)

Sostenidos así por tan valiosa protección y confiados en vuestra solicitud, á vosotros todos, Venerables Hermanos, al clero y al pueblo encomendado á cada uno de vosotros, en prenda de la gracia celeste y en testimonio de

(1) *De fide Trinitatis*, cap. 2.

(2) In lib. II, *Epist. S. Anselmi*, ep. 31.

nuestra especial benevolencia, impartimos con todo afecto la Bendición Apostólica.

Dada en Roma, en San Pedro, el día de la fiesta de San Anselmo, 21 de Abril de 1909, año sexto de Nuestro Pontificado.

PIO X, PAPA

CORRESPONDENCIA

*República de Colombia—Oficina Telefónica Central.
Manizales, 6 de Septiembre de 1909*

Ilustrísimo Señor Arzobispo—Bogotá.

Adhiérome en todo y por todo á la notabilísima y enérgica Circular de V. S., de 28 del pasado, en relación con desafueros de la Prensa contra Excelentísimo Delegado Apostólico y Clero secular y regular.

Afectísimo,

✠ G. NACIANCENO
Obispo.

Tunja, 8 de Septiembre de 1909

Arzobispo Primado—Bogotá.

Salí hoy de ejercicios. Ayer hice leer á sacerdotes ejercitantes oportuna, justiciera Circular de V. S. I., á la cual adhiero en todas sus partes, especialmente en lo relativo á agravios Prensa á Su Santidad y á dignísimo Delegado Apostólico, que siento en lo más vivo del alma. Ruégole manifestárselo así á estimadísimo Monseñor Ragonesi. Aquí, gracias á Dios, no se ha publicado nada ofensivo á religión y clero. Sin embargo recomendaré lectura Circular.

Hermano,

OBISPO

Fiesta de San Bernardo

En este año se celebró con la solemnidad acostumbrada la fiesta de San Bernardo, cuyo nombre lleva el Illmo. y Rdm. Señor Arzobispo Primado. En la Basílica cantó la Misa el Muy Ilustre Señor Vicario General, y en ella ofició de semipontifical el Illmo. y Rdm. Señor Herrera. Asistieron á dicha función, el Excelentísimo Señor Delegado Apostólico, el V. Capítulo Metropolitano, Monseñor Colatei, Monseñor Cortesi, muchos sacerdotes del Clero secular y regular, el Seminario Conciliar y gran número de fieles.

Después del medio día recibió el Ilustrísimo Prelado en el Palacio Arzobispal, las felicitaciones de la Delegación Apostólica, del V. Capítulo, del Seminario, de las Comunidades religiosas, del Clero de la ciudad y de otros distinguidos personajes.

Va ya para muchos años que el día de San Bernardo es clásico en Bogotá porque, como muy bien lo dijo en ocasión inolvidable el Illmo. y Rdm. Señor Arzobispo de Medellín, desde que el Illmo. y Rdm. Señor Herrera fue Rector del Seminario "data el florecimiento del espíritu eclesiástico del clero, no sólo en esta Arquidiócesis, sino en Colombia toda." Y con gusto recordamos estas preciosas frases del Illmo. y Rdm. Señor Cayzedo, pues ellas nos traen el gratísimo recuerdo de la sublime, espontánea y personal ovación que el Episcopado de Colombia tributó á nuestro amado Pastor y Padre en Cristo el 20 de Agosto del año pasado, día en que vimos congregarse en torno del Solio Primado á todos los Illmos. Obispos de esta Católica Nación, para saludar y felicitar en el día de su Santo al Illmo. y Rdm. Señor Herrera. Fue entonces cuando el mismo Illmo. y Rdm. Señor Arzobispo de Medellín dijo, dirigiéndose al Illmo. y Rdm. Señor Arzobispo Primado: "Los Prelados de Colombia bendicimos al Señor, que nos ha dado en V. S. I., como Arzobispo Primado, un ejemplo que imitar."

CÆREMONIALE PAROCHORUM

Juxta novissimas Apostolicæ Sedis sanctiones concinnatum

(Continuatio)

CAPUT I

De Missa privata in genere.

ARTICULUS I

De preparatione sacerdotis celebraturi.

1. Sacerdos, celebraturus missam prævia confessione sacramentali, quando opus est, et saltem matutino cum laudibus absoluto, orationi aliquantulum vacet et orationes præparatorias pro temporis opportunitate dicat, quæ quamvis non sint de præcepto, attamen utpote orationes ecclesiæ, ceteris esse præferendas nemo est qui non videat. Ipsas autem recitans, antiphonam *Ne reminiscaris* in duplicibus integram dicat, in semiduplicibus et simplicibus tantum inchoet; et quando ritus missæ differt a ritu officii, ex. gr. in missa rogationum occurrente duplici, antiphona *ad libitum* duplicari potest, juxta ritum officii vel missæ (D. 4011); huic antiphonæ tempore paschali addat *Alleluia*, etiam ante missas de requie. Item commemoratio-nem agat vivorum et mortuorum pro quibus in ipsa missa orare intendit, it in *Memento* generaliter unico contextu ipsorum commemorationem faciat pro quibus ante missam orare proposuit, ne tedio officiat circumstantes in missa.

2. Facta præparatione, accedit ad locum in sacristia, vel alibi præparatum, accipit missale, perquirat missam, signacula ordinat (1), nisi jam a sacrista factum fuerit.

(1) Sacerdos si probabilius judicat kalendarium errare, kalendario stare tenetur; nec potest proprio inhærere judicio quad officium, missam et colorem paramentorum (D. 4031). Attendat sacerdos, ne in ordinando signacula horum ordinem perturbet, disponendo priora ultimo, posteriora primo loco.

Postea lavat manus dicens: *Da, Domine*, etc. (Rit. in celebr. miss. 1, 1).

3. Deinde præparat calicem (1); super ejus os ponit purificatorium mundum, et super illud patenam cum hostia integra, quam leviter extergit, si opus est, a fragmentis, et eam tegit parva palla linea benedicta, tum velo serico, quo calix undequaque vel saltem in parte anteriori cooperiatur (D. 1379). Super velo ponit bursam coloris paramentorum cum apertura ad celebrantem versa, intus habentem corporale plicatum (D. 2146).

Præter dicta nihil aliud super calicem ponere licet, ex. gr. manutergium, sudarium, perspicilla. (D. 2118).

4. Quibus ita dispositis accedit sacerdos ad paramenta (2) indutus vestibis convenientibus, quarum exterior saltem talum pedis attingat; deponit biretum ac pileolum, sed non super calicem vel missale; accipit ambabus manibus extremitates superiores amictus (3) osculatur illum in medio, ubi crux est, et circumducens manum dexteram super caput et humerum sinistrum, simulque elevans sinistra, ponit super caput, mox declinat ad collum, et eo vestium collaria circumtegens ducit chordulas sub brachiis, et circumducens per dorsum, ante pectus reducit et ligat (Rit. 1, c. n. 3). Imponens autem amictum super caput dicit: *Impone, Domine*, etc.

(1) S. R. C. ad dubium "Num aliis, ac præsertim sacerdotibus sacristis valeat permitti ut hostia super patenam collocent pro missa ab aliis celebranda," respondit *affirmative*, dummodo qui id peragit prima saltem tonsura sit initiatus; sed consulendum celebranti, ut ipse calicis instructionem et alia secundum rubricas exsequatur (1 febr. 1907, ad 15)."

(2) Paramenta sacra de altari sumunt episcopi et cardinales (D. 1418); ob necessitatem tamen licet etiam aliis, sed tunc ex parte evangelii sumenda sunt; sed, si locus fert, consultius ad mensam prope altare paratam.

(3) Rubrica missalis antequam sacerdos accipiat amictum signum crucis faciendum non præscribit.

5. Tum alba induitur, caput submittens, deinde manicam dexteram brachio dextero, et sinistram sinistro imponens. Albam ipsam corpori adaptat, eleuat ante, et a lateribus hinc inde, dicens: *Dealba me, Domine*, etc.

6. Cingulo per ministrum sibi porrecto se cingens, dicit: *Præcinge me, Domine*, etc. Minister autem aptat albam ut honeste dependeat, et tegat vestes, ita ut ad latitudinem digito, vel circiter, super terram æqualiter fluat.

7. Postea manipulum accipit, osculatur crucem in medio, et imponit brachio sinistro pulsum inter et cubitum, dicens: *Merear, Domine*, etc.

8. Deinde ambabus manibus accipiens stolam, simili modo eam deosculatur, et non projicit super scapulas, ut pluribus mos est, sed devote imponit medium ejus collo, ita tamen ut a planeta, quæ superponenda erit, contegatur; ac transversando eam ante pectus in modum crucis, ducit partem a sinistro humero pendentem ad dextram, et partem a dextro humero pendentem ad sinistram, sicque utramque partem stolæ extremitatibus cinguli hinc inde ipsi cingulo conjungit, dicens: *Redde mihi, Domine*, etc. (1).

9. Postremo accipit planetam, chordulas sub brachiis circumducens per dorsum, et ante pectus reducens ligans subtus planetam dicens: *Domine, qui dixisti*, etc.

10. Quum ex præscripto rubricarum sacerdos varias preces in missali positas dum singula sumit paramenta recitare debeat, patet, ipsum interim nulla verba profana intermiscere posse, sed soli Deo rebusque divinis debere esse intentum, usquedum ad sacrificandum accedat.

11. Si linteum seu sudarium assumere vult, sub planeta illud apponat cingulo obfirmatum; et sit mundum et albi coloris.

(1) Si celebrans sit episcopus non ducit stolam ante pectus in modum crucis, sed sinit hinc inde utrasque extremitates pendere.

MI NUEVO COADJUTOR

Sucesos de la vida de un anciano párroco irlandés.

NOVELA ESCRITA POR PATRICIO HEEHAN

(Continuación)

CAPITULO X

CHARLA SABROSA DESPUÉS DE COMER

Efectivamente el Padre Letheby fue á casa, y pasamos una velada deliciosa, de la cual conservo gratisimo recuerdo. Confío en que de estas veladas también guardará buena memoria mi coadjutor. Eso sí, él me ha proporcionado muchísimos más goces y ejemplaridades de los que yo pude ofrecerle. Nosotros los viejos tenemos el defecto de hablar demasiado, de convertirnos en panegiristas del tiempo pretérito y de mirar el presente sin ningún entusiasmo. Naturalmente esto debe fatigar los nervios de los que tienen puesta la vista en el porvenir del cual lo esperan todo.

Bueno, pues, aquella noche habíamos elegido como tema de estudio el libro tercero de las *Odas* de Horacio, y examinábamos la certeza que abrigaba el poeta acerca de la inmortalidad — de la inmortalidad de la gloria, por supuesto — única en la cual creía. Llamé la atención de mi vicario sobre el hecho curiosísimo de que los hombres deseen con todas sus fuerzas aquello que desdeñan y menosprecian tan pronto como lo han logrado.

—He conocido — exclamé — á un anciano y excelente sacerdote que sufría mucho por no haber sido objeto de las distinciones eclesiásticas, con las cuales es costumbre honrar á la vejez. Incurriendo en una tontería, le pregunté para qué le hubieran servido tales distinciones; me respondió que le hubiera agradado morir con todos los honores que le correspondían por razón de edad y de ser-

vicios. Finalmente se los otorgaron; al cabo de algunos meses lamentaba haber gastado nueve libras esterlinas en la adquisición de la muceta y del roquete.

—¿Cree usted que le hubiera gustado volver á la condición de cura párroco y oírse llamar nuevamente señor rector? — me preguntó mi vicario.

—Creo que sí. Habían tenido con él atenciones, se habían acordado de él, y con esto se daba por satisfecho.

—Hay mucho de verdad en esta observación de usted. Recuerdo la amarguísima epístola que acerca de la Fama escribió Tennyson, precisamente en los momentos en que había logrado reputación universal. Decía que la Fama le proporcionaba la enemistad de los iguales, la indiferencia de los superiores y la adoración de aquellos á quienes despreciaba. Afirmaba, en fin, que le agradaría poder vender su fama por cinco mil libras de renta, y que sentía verdadero arrepentimiento por haber escrito una sola línea.

—Después de todo ¿qué es la Fama? ¿Qué provecho hubiera experimentado Horacio, si le hubiesen dicho que un vetusto párroco, residente en la *Ultima Thule* del mundo, podía encontrar encantos en leer las estrofas del poeta, diez y ocho siglos después de haber muerto éste? — exclamé medio en serio, medio en broma.

—Provecho, ninguno. Estas pasiones son ciertamente las ruedecillas inferiores de los actos humanos y por consecuencia del progreso. Pero no hay que olvidar el gran resorte: la religión.

—¿Opina usted que Dios permite estas aficiones en bien de la religión?

Es muy posible que sí. A propósito, señor rector, permítame que le felicite por su buen gusto. Ha convertido usted este gabinete en un nido encantador por la elegancia y la distinción.

—Sí, señor; es verdad. Pero la comodidad ha desaparecido. Y usted, usted, imprudente, tiene la culpa. ¿Por

qué ha venido á traer hasta aquí los adelantos de la civilización? ... ¡Eramos felicísimos sin conocerlos! El lujo, como la fama, encierra sus inconvenientes. Ana no ha tenido punto de reposo hasta tanto que no ha conseguido rivalizar con la espléndida instalación de usted; el buen gusto ha entrado por la puerta, y la comodidad ha salido por la ventana. ¡Válgame Dios! ¡Lo que vengo sufriendo desde hace quince días!... Ahora, al entrar en casa, tengo que limpiarme las suelas del calzado, antes de franquear la puerta; tengo que colgar el sombrero en la percha del recibimiento y tengo que andar con gran precaución sobre el entarimado espejeante. No me atrevo á sentarme, temiendo romper estas sillitas de muñecas; cuando, al fin, me siento, tiemblo al pensar en levantarme, por temor de resbalar y fracturarme un hueso. Me intimida beber en estas tacitas doradas, temo romperlas. Únicamente me encuentro bien en la cama. ¡Dios mío! ¿Qué he hecho yo para que me manden un coadjutor como éste?

—No haber hecho nada — me contestó riendo. — Es la ley de las compensaciones. Pero, francamente, cuanto aquí veo es elegantísimo, y muy pronto se acostumbrará usted á ello. Ya sabe el argumento de moda acerca de la eternidad de las penas del infierno: que á todo podemos acostumbrarnos.

—No dejo de pensar en ese pobre doctor Lloyd — insinué, cambiando el tema de la conversación. — ¡Qué carta! Es verdaderamente vergonzoso que un documento privado de ese género pueda ser conocido y criticado cincuenta años después de haber sido escrito por dos presbíteros de la costa occidental de Irlanda. ¿A quién iba dirigido?

—A Sir Roberto Peel, primer ministro del reino.

—Tuve yo un amigo de la infancia, un amigo queridísimo, que gustaba mucho de dar consejos. Creo que me contagié y adquirí de él esa mala costumbre. Mi amigo resumía su ciencia en los tres siguientes aforismos:

No consultes jamás al médico.

No salgas fiador de nadie.

No escribas nunca carta que no pueda ser leída en público.

—¿Supongo que habrá usted seguido esos consejos prudentísimos sin duda, aun cuando algo extraños? — me dijo el Padre Letheby.

—No — le contesté. — Si los hubiese seguido, me hubiera encontrado y me encontraría mucho mejor de lo que me encuentro.

Callamos ambos, y permanecemos entregados á profunda meditación.

—No es agradable para un sacerdote recibir consejos — exclamó al fin mi vicario. — Creo que fue el deán Stanley el que dijo que el clero anglicano adquiere naturalmente la distinción que caracteriza sus modales, por virtud de esas correcciones silenciosas que se efectúan en la intimidad del hogar doméstico, correcciones muy necesarias de las cuales nosotros nos encontramos faltos, y cuya falta acaso sea la explicación de las infinitas asperezas y excentricidades que ofrecemos en nuestras relaciones sociales.

—Es cierto; pero no es menos cierto que ni nosotros queremos que nos corrijan, ni nadie se atrevería á ello. El señor obispo podría y hasta desearía hacerlo; pero una palabra del señor obispo aplasta como tremendo martillazo, y Su Excelencia, que lo sabe, titubea naturalmente antes de formular una censura. Un párroco de hoy no se atreve á reprender á su coadjutor.

—Dispénseme, señor rector — exclamó mi vicario. — Declaro que consideraría como especial favor el de que usted tuviese la bondad de señalarme mis imprudencias y mis faltas, seguramente numerosas.

—¿Lo desea usted de veras?

—¡Dios mío! — me contestó sin vacilación. — No pro-

meto alegrarme, pero prometo, sí, recibir respetuosamente la reprimenda.

—Muy bien; pues principiemos inmediatamente la corrección. Renuncie usted á la costumbre de tomar café y tome un buen vaso de ponche.

El Padre Letheby soltó la carcajada. Sabía los apuros que el café había hecho pasar á Ana. Mi ama de llaves quería mucho al coadjutor. Éste le proporcionó rapé de una nueva marca y celebró calurosamente los talentos culinarios de mi ama. Y ¡oh milagro! Ana, el ama de gobierno del párroco, se dignó devolver la visita á la humilde sirviente del vicario. ¡Era incomprensible tamaña condescendencia! ¡Nadie sabía la cantidad de diplomacia encerrada en semejante acto! Se pactó una doble alianza. Los políticos europeos no cambian con rapidez más kaleidoscópica. Luego, durante muchos días, hubo conferencias y coloquios en abundancia; al cabo, y como recompensa de su acto de humildad — la humildad recibe siempre recompensa, aun en este mundo — Ana se encontró con la casa amueblada á la moda, y aprendió una ciencia poco conocida en Irlanda: la de hacer café.

Indudablemente mis feligreses se hicieron cruces. En realidad resulta divertido ver á un párroco entrar en su casa mirando atónito, estupefacto, las innovaciones realizadas durante su breve ausencia, sin atreverse, por discreción, á formular preguntas; y no es menos divertido observarlo si entra exclamando expansivamente. “¡Hola!” y expresando mediante silbido prolongado el asombro que le producen las novedades que encuentra en su gabinete; y entonces mira curiosamente á los visitantes, y los visitantes callan curioseando los muebles nuevos, y luego salen de la visita diciendo que el párroco estaba azorado y cohibido. Según parece, los vecinos del pueblelo han hecho comentarios irónicos acerca de la renovación de mis muebles. — “¡Caramba, caramba! ... ¡Ana lo va á dejar sin un cénti-

mo!... Decididamente Kilronan progresa y rinde culto á la civilización." Otros murmuraban: "Ya podemos prevenirnos: de fijo nos aumenta los precios establecidos en el arancel de derechos parroquiales." Una pobre ancianita que de vez en cuando recibe un giro de América, está convencida de que yo he malgastado su dinero y, un día sí y otro no, viene á verme para decirme: "¿No ha llegado el giro para mí, señor rector? Conste que no es esto censurar, y que puede usted guardarse ese dinero, si es que lo necesita. Ya sé yo que usted no me lo dejará á deber. Pero lo que siento es que María extrañará que yo no le acuse recibo ni le dé las gracias por su giro." — Inútilmente me he cansado diciendo y repitiendo á la ancianita que aún no he recibido el dinero de María; los obreros de la herrería han calentado los cascos á la pobre vieja, murmurándole: "¡Tonta, más que tonta! ¿De dónde va á sacar el dinero para tantas preciosidades como se está comprando? Tenga usted la seguridad, Catalina, de que ese dinero no parecerá. No sea inocente, y escribale al señor obispo, que se encargará de hacer justicia."

Además, para remate y contera, llegó la factura, cuyo importe era el duplo de lo que calculé. Es pasmoso observar cómo han aumentado los precios de los objetos y los gastos de portes, embalajes, propinas, etc.

¡Paciencia! Mis modestos ahorros que ascendían á cincuenta libras esterlinas, destinadas á sufragios por el descanso de mi alma, ¿dónde fueron? Pues ¿y la cantidad que pensaba legar á mi vetusta ama de llaves?... Menos mal, que cuando yo muera, todos estos muebles serán para ella. Por de pronto Ana tiene dos veces más trabajo del que tenía, y yo... me encuentro dos veces más molesto.

—Veamos — le dije á mi coadjutor, que movía graciosamente la cucharilla en la taza para disolver los terrones de azúcar, mientras yo me preparaba á beber... no importa el qué. — No soy amigo del café. Esa pócima no hace

amables á las personas; las trueca en muy reservadas y en muy egoístas, en tanto que, bajo la influencia de nuestra bebida favorita, nos sentimos dispuestos á sacrificarnos por el prójimo. Si usted aspira á triunfar en la vida, renuncie á esa droga turca y haga lo que han hecho siempre todos los coadjutores de esta parroquia.

—Temo ser demasiado irlandés para adoptar esa costumbre — me contestó de un modo que se me antojó paradójico. —Temo que el ponche me haga hablar demasiado de mis abuelos, ó me preste excesiva acometividad.

Huelga advertir que mi vicario sabía perfectamente que yo no quería contrariar sus gustos.

—Bueno pues tenga usted, siquiera, alguna caridad para con los que vivimos apegados á las antiguas tradiciones. También nosotros hemos disfrutado días de esplendor.

Quedéme silencioso, añorando tiempos pretéritos.

—¿Supongo que usted nunca habrá pasado la noche dentro de un horno de cal?—pregunté, saliendo del mundo de los recuerdos.

—¡Dios me libre! — exclamó.

—Bueno; pues yo he tenido esa suerte. Le diré cómo fue. La primera vez que fui nombrado coadjutor, llegué á las diez de la noche al pueblo de mi destino. Me presenté en casa del anciano párroco. Llamé, llamé, llamé. Nadie me contestó; seguramente no había nadie en la casa, porque el Padre L... sólo tenía como vivienda la cocina y una habitación que le servía de comedor, de biblioteca, de gabinete, de alcoba y de todo. Como yo había despedido el carricoche en que fui, y había dejado la maleta en el suelo, comencé á vagar entre las sombras. No me atreví á llamar á ninguna choza de labriegos. Eran los tiempos de la *Facción blanca* (1), y me exponía á que me atravesaran de un chuzazo ó de un tiro. La noche era fría y estrellada. Des-

(1) La *Facción blanca* la constituían cuadrillas de revolucionarios más ó menos francmasones.

pués de haber caminado un buen rato á la ventura, tropecé con un horno de cal. Los horneros acababan de marcharse; el fuego aún no se había extinguido. Me acosté tranquilamente, saqué el rosario, comencé á rezar, y me dormí profundamente. Despertóme una voz que gritaba: — “¡Eh! ¡Salga de ahí!” Y en seguida la misma voz añadió: “¡Dios mío! ¡Es un sacerdote!”... ¡Ah! ¡Cuánto han cambiado los tiempos! No forme usted muy mal juicio de nosotros, los que ya somos ancianos. Hemos soportado el peso de los días y del calor: *pondus diei et aestus*.

Siguióse profundo silencio, interrumpido sólo por el chisporrotear del carbón de turba y por el crujir de la leña en la chimenea. Yo estaba hundido en las memorias del pasado; mi coadjutor se abismaba en calladas reflexiones. Al cabo exclamé:

— ¿Hace usted el favor de alargarme ese *Pars Verna*, encuadernado en piel?... Muchas gracias. Este librito, sobado y manchado, ha sido testigo de escenas curiosas y me ha acompañado en difíciles aventuras. En mis tiempos era cosa corriente salir de casa á las seis de la mañana para comenzar la Estación á las siete. A propósito, ha desfigurado usted los nombres de los caseríos de la montaña al anunciar las Estaciones el domingo último. Conviene que tome usted el acento irlandés. Bueno, pues recibíamos confesiones desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde, con un breve paréntesis para almorzar.

— Perdón, señor rector, ¿se estaban los fieles en ayunas hasta las tres de la tarde para poder recibir la sagrada Comunión?

— Seguramente, mi joven amigo, el caso era frecuentísimo. Recuerdo una misión celebrada en el pueblo de N..., donde yo estaba de vicario en 1854, año en el cual los Padres Bernard y Petcherine principiaron á organizar misiones. Tras un día de penoso trabajo atravesaba la iglesia para entrar en la sacristía, cuando un campesino gigan-

tesco me detuvo; eran las diez y media de la noche. — “Señor cura — me dijo, — quisiera recibir la Comunión.” Me encontraba exasperado y por ende algo sarcástico. — “Es costumbre entre los católicos recibir en ayunas la sagrada Comunión” — le contesté, suponiendo que había comido poco antes. — “Por eso — murmuró — no hay dificultad; desde hace tres días estoy dispuesto para recibir la sagrada Comunión, y Dios sabe que llevo tres días sin tomar ni un bocado de pan, ni un sorbo de agua.” — Pero vuelvo á lo que iba diciendo.... ¡Con qué facilidad me aparto del asunto!... A las tres de la tarde principiaba la visita á los enfermos, y, créame, muchas, muchas noches las he pasado en vela yendo de choza en choza, y hay que advertir que, á veces distaban unas de otras seis ó siete millas; á menudo he vuelto á casa cuando ya había salido el sol y cuando las alondras cantaban en la pradera.

Abra usted este librito.

Mi coadjutor obedeció. Las páginas estaban negras, como la piel de la encuadernación, y arrugadas y pegadas con goma.

— El viento y la lluvia de Irlanda han sido los dañadores — le dije. — No es fácil, con los huracanes que reinan en estas montañas, recitar Maitines, sujetándose con una mano á las riendas y á la silla del caballo, y llevando en la otra mano este Breviario. Usted no es maniqueo, ¿verdad?

Me miró sin contestar.

— Me explicaré: ¿usted no ve á Mefistófeles surgir entre la nubecilla de vapor que se desprende de mi vaso de ponche?

— De ningún modo — me contestó. — Usted tiene sus gustos, yo tengo los míos. Unos y otros son absolutamente inocentes. Lo cierto es, — añadió tras breve pausa — que yo no puedo beber vino ni licores, porque quiero trabajar de noche y necesito conservar muy despejado el cerebro.

—Según eso ¿trabaja usted de firme?... ¡Dios le bendiga! He visto algunas de las notas de la labor diaria. Pero no hay que olvidar el estudio del griego. El francés es el idioma de la diplomacia; el italiano, el idioma del amor; el alemán, el de la filosofía; el inglés, el del comercio; el latín, el de la Iglesia; el griego, el de los sabios; y el hebreo, el de Dios. Esto me trae á la memoria que hace ya mucho tiempo experimenté renovarse mis aficiones al griego, por haber leído, no sé dónde, que Nuestro Señor había hablado este idioma, al menos en su trato con personas instruídas; porque el griego era entonces en Oriente lo que el latín ha sido después en Occidente.

—¿No es una vergüenza? —me dijo ruborizándose.— Obtuve primera medalla en el concurso de griego celebrado en Irlanda; sin embargo, cuando el otro día abrí las *Odas* de Homero, que es un autor muy claro, se me antojaron realmente, escritas... ¡en griego! ¡No las entendí!

Entró Ana interrumpiendo nuestra conversación.

—¿Quiere usted tomar otra tacita de café, señor vicario?

Aguardando la respuesta atizó la lumbre; millares de chispas rojo azuladas subieron danzando por el cañón de la chimenea; después arregló la mecha del quinqué y se tomó otros trabajos, igualmente inútiles. ¡Verdad es que la cocina estaba sola y no había con quién hablar!

—Pues sí, Ana —contestó con entusiasmo el Padre Letheby.—La tomaré; me es imposible beber ponche, cuando se me ofrece café tan exquisito como el que usted prepara.

—Bueno, señor vicario; aun cuando vale más una gota de whisky que todo el café del mundo, se hará lo que usted quiera. Ya sabe que puede mandar como guste en esta casa.

Ya en otras ocasiones mi ama de llaves había hablado cual si fuese la dueña de mi modesto hogar. No con-

cedo importancia al hecho. Es efecto de nuestro comunismo irlandés: un comunismo que se asemeja mucho al de los Apóstoles.

—No hay que descorazonarse por esa dificultad para entender á Homero —exclamé.—He leído, hace ya tiempo, que Lord Dufferin declaraba que á pesar de sus triunfos estudiantiles en la clase de griego se encontró al cabo de algunos años con que no pudo leer ni una línea escrita en ese idioma, hasta tanto que volvió á aprenderlo á su manera.

—Mucho me satisface oír esto —murmuró el Padre Letheby.

—Si vuelve usted á estudiar el griego, estúdielo de modo que le sirva, al par que para conseguir un aumento de cultura.

Quedóse esperando una explicación.

—Cultivé los padres griegos. Créame, en ellos encontrará más poesía, más ciencia, más filosofía y más teología que en toda la literatura moderna desde Shakespeare hasta hoy. Nosotros ignoramos esta verdad. Los anglicanos la saben. Sospecho que más de uno de sus cincelados sermones, y más de uno de sus sabios tratados, proceden directamente de esas canteras.

Imagino que el pobre muchacho estaba cansado de tantos consejos. Sus inclinaciones intelectivas son de carácter mucho más práctico. Principió á dirigirme preguntas y más preguntas, sobre asuntos de la feligresía, sorprendiéndome grandemente con ello.

¿Ha recibido ya la primera comunión, el hijo mayor de Marta Herlihy? —me dijo...—¿No convendría establecer una clase especial para preparar á los niños á la primera confesión?... Había oído decir que se celebraban bailes en un mesón no distante de Moydore. ¿No podría el clero de Moydore poner coto á esos desmanes?... ¿Conocía yo á un semi-idiotita montañés, llamado Wilfredo

Lane?... Los maestros de escuela no lo querían por alumno, pretextando que les faltaba al respeto. ¿A qué obedecía la frialdad de relaciones existente entre los Leary y los Shea? ¿Acaso á que uno de los Shea, hacía sesenta años, formó parte del jurado que condenó á un mocito disipador, pariente de los Leary?... ¿No sería muy útil un puentecillo en Slieveogue, para franquear el torrente de la montaña?... Por si conviniera le había escrito al ingeniero-inspector regional de obras públicas. ¿Sería fácil que las religiosas de Galway admitieran una postulanta?... Había oído decir que una religiosa, que acababa de regresar de Nueva Zelanda, reclutaba novicias. ¿Era cierto?...

—Mi querido amigo — le dije, después de haber intentado contestar imperfectamente á este catecismo, — yo sé que usted es un santo, y que, por consiguiente, se ve favorecido con el privilegio de la ubicuidad; pero ignoraba que usted fuese capaz de dictar á seis secretarios á la vez, como César ó como Suárez.

—¡A propósito!—exclamó, sacando el cuadernito de notas.—Algo se me iba á olvidar. Contando con su permiso, señor rector, tengo el proyecto de construir un Nacimiento, para Navidad. Además, la techumbre de la iglesia está resentida en la parte que cubre á la capilla de San José. Santiago Deady solicita encargarse de efectuar esas reparaciones. Dice que usted lo conoce y puede dar informes. Precisamente tengo ahora algún dinerillo disponible, procedente de las cuestaciones del Rosario procesional.

Santiago Deady no mentía al decir que lo conocía yo. Efectivamente lo conocía como á un dipsomaniaco incorregible que, cada tres meses, invariablemente, hacía, ante el sacerdote, voto solemne de abstenerse totalmente, durante toda la vida, del uso de bebidas alcohólicas (1). También me constaba que la grieta en la techumbre de la capi-

(1) El acto de formular, ante sacerdote, este voto de abstinencia de bebidas, se llama *pledge*, en Irlanda.

lla de San José venía siendo para Santiago una fuente inagotable de ingresos, de diez años á esta fecha. Por lo visto, la grieta era una especie de enfermedad incurable, algo así como una escrófula de la piedra y de la argamasa, que resurgía periódicamente cual si desafiase la ciencia del médico, siempre propicio para emprender la curación. Unas veces era consecuencia de "la humedad del terreno"; otras, resultado de una "desviación de la pared maestra," y siempre un pretexto para hablar extensamente de cimientos y de aplomos. Pero, invariablemente, la grieta surgía de nuevo, como úlcera, como lepra incurable.

—Probablemente Santiago le habrá dicho á usted que, por espacio de diez años, todos los inviernos, he invertido en reparar esa techumbre las limosnas del vecindario, y también Santiago habrá dicho á usted que él, sólo él, posee el secreto para que la techumbre quede perfectamente sólida y hermosa.

—Sí, señor rector, algo así me ha dicho. Pero el mozo me resulta simpático. Canta como un ángel, y, desde que celebramos el concierto, todas las noches me obsequia con romanzas. Posee un gran repertorio; la más linda es la que comienza: "¡Su mágica sonrisa, me sigue sin cesar!"

—¿No le ha cantado á usted "Los ojos negros?"

—No, señor rector, — contestó mi vicario, poniéndose de pie para marcharse.

—¡A propósito!—exclamé, ayudándole á ponerse en el vestíbulo el abrigo (porque en su obsequio yo no reparaba en sacrificios).—¿Cómo ha logrado usted adquirir un conocimiento tan completo de mis feligreses, en tan breve lapso de tiempo?

—¡Oh!—me respondió anudándose un pañuelo de seda al cuello.—Invitado por un oficial católico, asistí cierto día, en Inglaterra, á una revista militar. Me encontré muy cerca del duque de Cambridge. Una cosa me maravilló. El duque preguntaba: "¿Quién manda esta compa-

ña?" "Yo, señor." "¿Cómo se llama el tercer soldado de la derecha?... ¿Es casado ó soltero?... ¿Cuántos años lleva de servicio?... ¿Conducta?... ¿Profesión?".... —Quedéme estupefacto al ver que los oficiales estaban perfectamente informados. Después, muchas veces, he pensado: Si nuestro jefe supremo nos sometiese á un interrogatorio análogo, ¿podríamos contestar con análoga precisión?... Y, así pensando, decidí aprender, lo antes posible, el nombre, historia y profesión de todos los hombres, de todas las mujeres y de todos los niños de la parroquia.

—¡Y lo ha logrado usted!—le dije con admiración.—Le veo más al corriente que yo, que llevo treinta años en la feligresía. Pero.... (no pude resistir á la tentación de darle un consejo, aun cuando se lo rueguen, no acepte ninguna responsabilidad en materias pecuniarias; si dos gallos riñen en la calle y, como consecuencia, se suspenden las relaciones diplomáticas entre los vecinos, yo, en lugar de usted, no me cuidaría de indagar á cuál de ellos asisten la razón y el derecho; si la señora Gallagher, por pura casualidad, arroja un cubo de agua sucia, en el preciso momento psicológico en que la señora Casey pasa bajo las ventanas de la casa, y si al verse chorreando, nota usted que el horizonte se entenebrece y que la tormenta se aproxima.... no abandone la lectura de Esquilo para contemplar á las Furias; y si la esposa de Santiago Deady....

—Gracias, muchas gracias, señor rector,—me interrumpió.—No tenga usted cuidado. Todo marchará perfectamente.

Cuando su arrogante y varonil silueta se perdió á lo lejos, cerré la puerta y volví á mi sillón murmurando: *μαθηματα μαθηματα* (1). Así será hasta el fin de los siglos, ¡oh padre de la historia!

(1) Los sufrimientos (*resultan ser para nosotros*) enseñanzas.

(Continuará)

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTA

Año IV—Vol. IV { Septiembre 15 de 1909 } Núm. 20

CIRCULAR

*A los Ilustrísimos y Reverendísimos Arzobispos
y Obispos y á los Prelados Regulares*

La Iglesia Católica, *alma mater* de la civilización, renovó y perfeccionó la gran ciencia de la Historia; inició con San Agustín y completó con Bossuet la Filosofía de los más relevantes hechos del humano linaje: conservó en los subterráneos de sus Catacumbas y en las bibliotecas de sus monasterios y en las inscripciones de sus templos la memoria de los acontecimientos pasados; iluminó el criterio de los historiadores, brindóles estímulos, aplausos y magníficas recompensas, y ha venido contando entre sus glorias una serie no interrumpida de varones eminentes en las históricas labores desde Eusebio de Cesarea, el biógrafo de Constantino, en el siglo IV, hasta Pastor, el famoso historiador de los Papas, cuya obra, que vivirá siempre, aún no está terminada.

Y si cabe, á la Iglesia son deudoras, en mayor grado, las Bellas Artes: Arquitectura, Estatuaría, Pintura, Música, Poesía. Ella levantó, durante la Edad Media, las maravillosas catedrales góticas, nido y símbolo á un tiempo de la acendrada piedad y encumbrada mística de aquellos siglos, asombro de los artistas, gloria y orgullo de las ciudades que las poseen: Colonia, Milán, Westminster, Toledo.